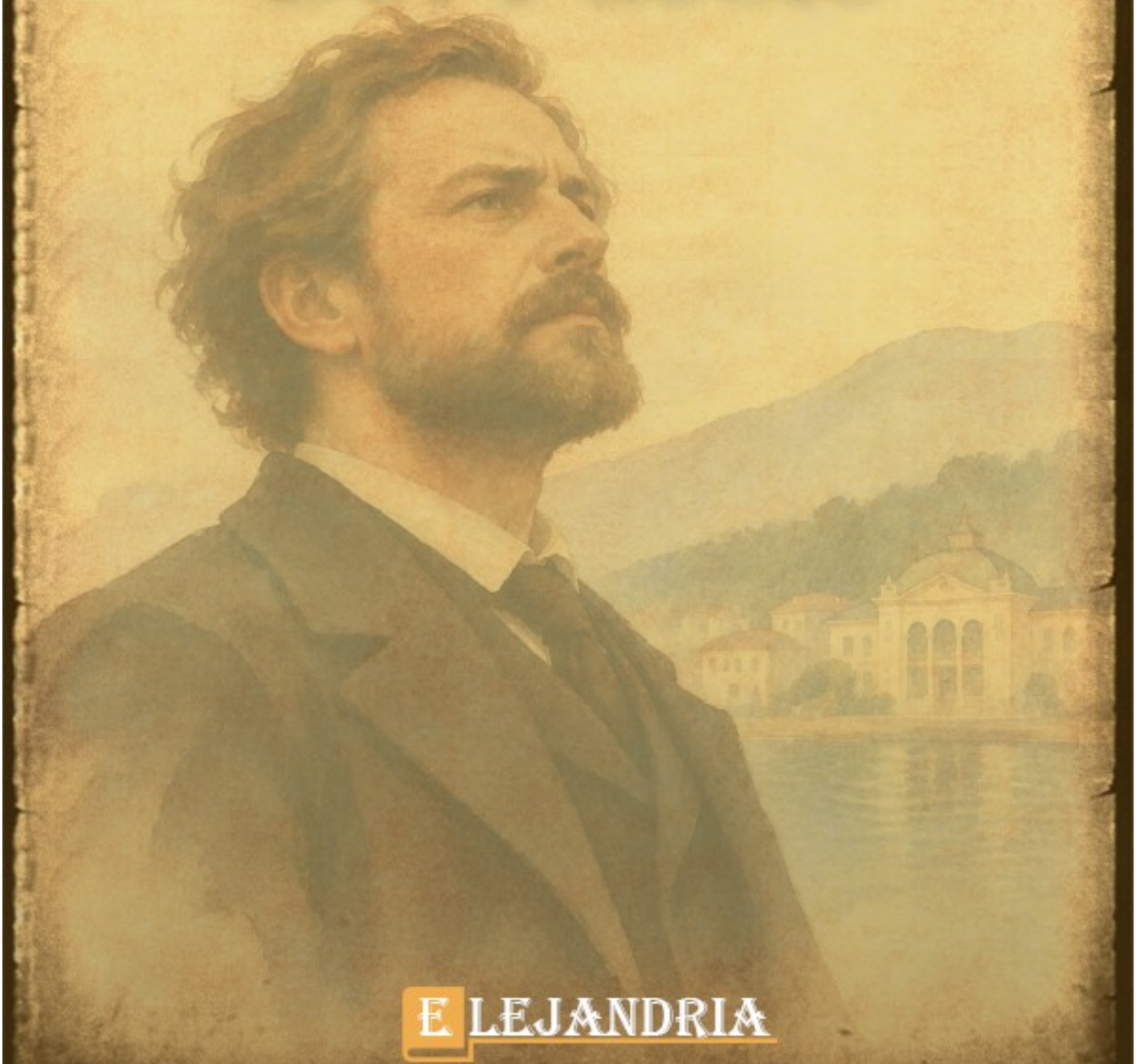
Henrik Ibsen

Un Enemigo Del Pueblo



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

Un enemigo del pueblo

Henrik Ibsen

Publicado: 1882
Fuente: archive.org
Traducción: José Ramón Pérez Bances
Edición original: Dramas de Enrique Ibsen, t. III (Madrid, Sucesores de Hernando, 1916)

UN ENEMIGO DEL PUEBLO

Drama en cinco actos

Henrik Ibsen

Traducción de José Ramón Pérez Bances

PERSONAJES

- EL DOCTOR STOCKMANN, médico de baños.
- JUANA, su mujer.
- PETRA, su hija, maestra.
- WALTER y FEDERICO, sus hijos, de diez a trece años.
- HANS STOCKMANN, hermano mayor del doctor, alcalde, director del balneario municipal, etc.
- NIELS WORSE, padre adoptivo de Juana.
- HAUSTAD, director del *Eco del Pueblo*.
- BILLING, colaborador del mismo.
- HOLSTER, capitán de barco.
- THOMSEN, impresor.
- Vecinos de todas las clases sociales. Algunas mujeres. Algunos niños de escuela.

La acción se desarrolla en una ciudad de la costa sur de Noruega.

ACTO PRIMERO

Habitación en casa del doctor Stockmann, modesta, pero puesta y amueblada de un modo agradable. Hay luz artificial. En la pared lateral de la derecha hay dos puertas, de las cuales la de atrás da a la antesala y la de delante al despacho del doctor. En la pared opuesta, precisamente enfrente de la puerta de la antesala, hay una tercera puerta que conduce a las demás habitaciones. En este mismo muro, y en el centro de él, una estufa, y algo más hacia el primer término un sofá, sobre el cual hay un espejo; delante del sofá, una mesa oval con una cubierta. Sobre la mesa una lámpara con pantalla, encendida. En el fondo una puerta abierta que da al comedor; en él se ve la mesa puesta, con una lámpara encendida. Billing está sentado a la mesa del comedor con una servilleta debajo de la barba. Juana está sentada al lado de la mesa y le presenta un plato con un gran trozo de asado. Los demás asientos de la mesa están vacíos; el servicio está un poco en desorden, como después de una comida terminada.

JUANA.—Señor redactor: viniendo una hora más tarde, tiene usted que tomar la comida recalentada.

BILLING.—*(Comiendo.)* ¡Sabe muy bien; está admirablemente!

JUANA.—Ya sabe usted lo seriamente que toma mi marido el orden de la casa…

BILLING.—No pierdo nada en ello. Casi estoy por decir que como con más gusto pudiendo hacerlo así solo y a mis anchas.

JUANA.—Sí, sí. La cosa es que le guste a usted. *(Escuchando hacia la antesala.)* Ahí debe venir su compañero…

BILLING.—Es muy probable.

ALCALDE.—*(Con gabán; en la mano sombrero y bastón.)* ¡Buenas noches, cuñada!

JUANA.—*(Entrando en la sala.)* ¡Ah!, ¿es usted? ¡Buenas noches, buenas noches! Es muy amable de parte de usted venir a vernos.

ALCALDE.—Pasaba por casualidad por aquí y se me ocurrió… *(Echando una ojeada al comedor.)* ¡Oh!, tiene usted invitados, parece.

JUANA.—*(Un poco embarazada.)* No… Es una casualidad. *(Rápidamente.)* ¿No querría usted tomar alguna pequeñez?

ALCALDE.—¿Yo? No; muchas gracias. Cosas calientes por la noche…, no podría digerirlas.

JUANA.—¡Pero por una vez!…

ALCALDE.—No, no; de veras que no. Yo me limito al té, fiambres y cosas por el estilo; es más sano… y algo más barato.

JUANA.—*(Sonriendo.)* ¿No creerá usted que Otto y yo somos unos derrochadores?

ALCALDE.—¡Oh, usted no, cuñada! Lejos de mí el pensar eso. *(Señalando hacia el despacho del doctor.)* ¿Está él en casa?

JUANA.—No; salió después de comer a dar un paseo con los muchachos…

ALCALDE.—*(Sonriéndose.)* De seguro que por razones de higiene. *(Escuchando.)* ¡Ahí está, sin duda!

JUANA.—No; no puede ser él todavía. *(Llaman a la puerta.)* ¡Adelante! *(Haustad entra de la antesala.)* ¡Bienvenido, señor redactor; bienvenido!

HAUSTAD.—Tengo que pedirle a usted mil perdones; pero tuve que hacer en la imprenta. Buenas noches, señor alcalde.

ALCALDE.—*(Saludando un poco ceremonioso.)* ¡Servidor de usted! ¿Viene usted, de seguro, a negocios?

HAUSTAD.—En parte, sí. Se trata de algo que en nuestro periódico…

ALCALDE.—Ya me lo figuro. Parece que mi hermano es un colaborador muy fecundo del *Eco del Pueblo*.

HAUSTAD.—Sí; tiene la amabilidad de preferir nuestro periódico siempre que tiene algo que comunicar al público.

JUANA.—*(A Haustad.)* ¿Pero no quiere usted…? *(Señalando hacia el comedor.)*

ALCALDE.—¡Oh!, yo no lo tomo a mal de ningún modo que escriba para aquel círculo de lectores en el que crea hallar más eco para sus ideas. Y además, personalmente no tengo ningún motivo para tener antipatía ninguna por su hoja.

HAUSTAD.—Eso debería pensarse.

ALCALDE.—En general, en nuestra ciudad domina un buen espíritu: el espíritu de tolerancia, un buen espíritu ciudadano. Y eso proviene de que tenemos una cosa común que nos une, una cosa que interesa en el mismo grado a todos los vecinos de buena voluntad.

HAUSTAD.—Sí, el balneario.

ALCALDE.—Perfectamente. Ahora tenemos ahí nuestro magnífico establecimiento nuevo. Ya verá usted cómo el balneario será la condición principal de vida de nuestra ciudad. ¡Indudablemente!

JUANA.—Otto dice eso también.

ALCALDE.—¡Lo extraordinariamente que ha progresado la ciudad solo en este par de años! Circula el dinero, por todas partes se ve vida y movimiento. De día en día aumenta el valor de las casas y de los solares.

HAUSTAD.—Y la falta de trabajo disminuye.

ALCALDE.—Eso también. Los gastos de asistencia a los pobres han disminuido de un modo satisfactorio para las clases poseedoras, y disminuirán más todavía si este año tenemos un buen verano, muchos bañistas, muchos enfermos que aumenten la fama de nuestro establecimiento.

HAUSTAD.—Y según he oído, hay probabilidades de que así sea.

ALCALDE.—Sí; los síntomas son los mejores que pueden pedirse. Todos los días llueven consultas sobre habitaciones y cosas semejantes.

HAUSTAD.—Entonces el artículo del doctor aparecerá en el tiempo oportuno.

ALCALDE.—¿Le ha dado a usted un artículo?

HAUSTAD.—Ya lo había escrito en el invierno. Una recomendación del balneario, una descripción de las excelentes condiciones higiénicas de nuestra ciudad. Pero entonces no quise publicarlo.

ALCALDE.—Habría alguna punzadita en él, ¿verdad?

HAUSTAD.—¡Oh, nada de eso! Pero me pareció que sería mejor esperar hasta la primavera, hasta este tiempo; pues ahora es cuando se comienza a hacer preparativos para el veraneo.

ALCALDE.—Mucha verdad, señor redactor.

JUANA.—Sí; Otto es incansable cuando se trata del balneario.

ALCALDE.—También está al servicio del establecimiento.

HAUSTAD.—Sí, y en realidad es su creador.

ALCALDE.—¿Él? ¿Conque sí? Sí; oigo a veces que ciertas gentes son de esa opinión. Sin embargo, debiera creerse que yo también he tenido una pequeña participación en la empresa.

JUANA.—¡Claro que sí! Otto dice siempre…

HAUSTAD.—¿Quién iba a negar eso, señor alcalde? Usted ha puesto la cosa en marcha y la ha organizado prácticamente. Yo quería decir tan solo que la primera idea, el impulso, había salido del doctor.

ALCALDE.—Sí; lo que es ideas sí que ha tenido bastantes en su vida mi hermano…, por desgracia. Pero cuando se trata de poner algo en marcha, se precisan otros hombres, señor redactor. Yo hubiera creído tener derecho a esperar de que al menos en esta casa…

JUANA.—Pero, querido cuñado…

HAUSTAD.—¿Cómo puede usted pensar, señor alcalde…?

JUANA.—*(Señalando al comedor.)* ¡Oh!, tenga usted la bondad de pasar; mi marido vendrá enseguida, de seguro.

ALCALDE.—*(A media voz.)* Es extraordinario… cómo estas gentes que vienen de las clases bajas… no han de tener nunca tacto.

JUANA.—¿Pero para qué ocuparse de eso? ¿No pueden usted y Otto compartir la honra como hermanos?

ALCALDE.—Sí; así debía de ser. Pero parece que no todos están conformes con esa partición.

JUANA.—¿Quién dice eso? Usted y Otto se llevan tan bien… *(Escuchando.)* ¡Oh, me parece que ahí viene! *(Va a la puerta que da a la antesala, y la abre.)*

STOCKMANN.—*(Adentro, con risas y estrépito.)* Aquí tienes un convidado más, Juana. ¿Verdad que es divertido? ¿Eh? ¡Haga el favor, capitán! El abrigo aquí, en la percha… Figúrate, Juana; le agarré en la calle; no quería venir de ningún modo.

HOLSTER.—*(Entra y saluda a Juana.)*

STOCKMANN.—*(En la puerta.)* ¡Hala, adentro, muchachos! ¡Ahí los tienes otra vez hambrientos como lobos! Venga usted, capitán; va usted a probar nuestros asados de liebre. *(Empuja a Holster hacia el comedor; Federico y Walter entran también después de haber saludado al Alcalde.)*

JUANA.—Pero Otto… ¿No ves…?

STOCKMANN.—*(Volviéndose.)* ¿Estás ahí, Hans? ¡Cuánto me alegro!

ALCALDE.—Por desgracia, no tengo más que un momento libre…

STOCKMANN.—¿Cómo qué? Habrá ponche enseguida. ¿No habrás olvidado el ponche, Juana?

JUANA.—Dios me librare. El agua está hirviendo ya. *(Entra en el comedor.)*

ALCALDE.—¿Ponche?

STOCKMANN.—Sí, hombre; siéntate. Ya verás qué bien estamos aquí.

ALCALDE.—Gracias; yo no tomo parte en juergas de esta especie.

STOCKMANN.—¡Pero esto no puede llamarse juerga!

ALCALDE.—Sin embargo… *(Mirando al comedor.)* Con qué velocidad agotan todas las provisiones.

STOCKMANN.—*(Frotándose las manos.)* ¿Verdad que es un espectáculo agradable ver comer a personas jóvenes? ¡Siempre apetito! Eso me gusta. Sin comer y beber no hay fuerza ni jugo. Estas son las gentes que en la masa del porvenir formarán el fermento, pues dos vejestorios como nosotros…

ALCALDE.—¡Vejestorios!

STOCKMANN.—Bueno, no lo tomes tan a la letra. ¡Si vieras! Estoy tan de corazón alegre… ¡Me siento tan indescriptiblemente feliz en medio de toda esta vida intranquila! ¡Oh, en verdad, vivimos en un tiempo magnífico! ¡Parece como si alrededor de nosotros se estuviera formando un mundo nuevo!…

ALCALDE.—¿De veras lo crees así?

STOCKMANN.—¡Claro!; tú no puedes comprenderlo tan bien como yo. Tú no has salido de aquí nunca, y eso le enturbia a uno la vista. Pero yo que tuve que pasar los largos años aquellos allá en mi rincón solitario del Norte, sin ver casi nunca un hombre de quien pudiera oír una palabra sugestiva… esta vida de aquí me hace el efecto de que estoy en una gran ciudad estrepitosa…

ALCALDE.—¡Hum! Gran ciudad…

STOCKMANN.—¡Oh!, ya sé que la vida de aquí es pequeña en comparación con la de otras muchas ciudades. Pero aquí hay vida, movimiento, progreso; se puede trabajar y luchar por muchas cosas, y eso es lo esencial. *(Llamando.)* ¡Juana! ¿No ha venido todavía el cartero?

JUANA.—*(Desde el comedor.)* No.

STOCKMANN.—Y luego las buenas ganancias. Eso se sabe apreciar en lo que vale cuando se ha vivido en la miseria…

ALCALDE.—Pero…

STOCKMANN.—Sí, señor, en la miseria. Pues ya puedes figurarte que allá arriba la cosa andaba muy apretada. ¡Y ahora todo en abundancia! Hoy

al mediodía, por ejemplo, teníamos liebre, y esta noche también. ¿No quieres probar un poco? ¿Quieres que te enseñe un trozo por lo menos? Ven acá…

ALCALDE.—¡No, no! Haz el favor.

STOCKMANN.—Entonces ven aquí al menos. ¡Mira qué tapete tan hermoso el de esta mesa!

ALCALDE.—Ya he reparado en él.

STOCKMANN.—¡Y luego estas lámparas! Y, ya ves, todo esto lo ha ahorrado Juana del dinero de la casa. ¿Verdad que estas cosas le hacen a uno agradable y valiosa la vivienda? Ponte aquí, ven… No, no; no así… ¡Así, eso es! ¿Ves ahora? ¿Eh? ¡Esta es mi luz! ¿Verdad que tiene un aspecto elegante esto?

ALCALDE.—Sí; si vuestros medios os permiten un lujo semejante…

STOCKMANN.—¡Oh, sí! Ahora puedo permitírmelo. Juana dice que gano casi tanto como gastamos.

ALCALDE.—Casi… ¡Ah!

STOCKMANN.—Pero, querido, un hombre de ciencia tiene que vivir con alguna comodidad.

ALCALDE.—¡Hum, hum!…

STOCKMANN.—Por lo demás, Hans, gastos inútiles no hago ninguno. Ahora, que a la alegría que me produce ver gentes en mi casa no puedo renunciar. Eso es una verdadera necesidad para mí. Yo, que tanto tiempo viví aislado de toda sociedad, tengo que ver a mi alrededor personas jóvenes, alegres, activas…, y todos esos que comen ahí con tanto ardimiento, lo son. Desearía que conocieses más de cerca a ese Haustad.

ALCALDE.—Haustad. ¡Ah, es verdad! Me contaba ahora que estos días publicaría un artículo tuyo.

STOCKMANN.—¿Mío?

ALCALDE.—Sí; sobre el balneario. Dice que ya lo habías escrito por el invierno.

STOCKMANN.—¡Ah, ese…! Sí, sí… No; pero ese por ahora no se publicará.

ALCALDE.—¿No? Sin embargo, creo que ahora sería el momento oportuno.

STOCKMANN.—Sí que será verdad… En circunstancias ordinarias… *(Pasea por la habitación.)*

ALCALDE.—¿Es que hay algo de extraordinario en las circunstancias de ahora?

STOCKMANN.—Mira, Hans, eso no puedo decírtelo por el momento. Por lo menos esta noche no. Es posible que las circunstancias tomen un carácter extraordinario, y también es posible que siga todo lo mismo que está. Puede que no sean más que figuraciones…

ALCALDE.—Parece que hablas de un modo enigmático. ¿Es que hay algo en la atmósfera? ¿Algo que quieres ocultarme? Pues creo tener derecho a pensar que como director del balneario…

STOCKMANN.—Y yo creo tener derecho a pensar que como…, bueno, hermano, no nos hurguemos mutuamente.

ALCALDE.—No es mi costumbre hurgar a nadie, como tú dices. Pero tengo que exigir terminantemente que todas las disposiciones sigan sus trámites regulares. No puedo tolerar que se emprendan caminos sesgados.

STOCKMANN.—¿Es que he emprendido yo alguna vez caminos sesgados?

ALCALDE.—Por lo menos tienes una inclinación innata a ir siempre por tu propio camino, y eso es casi tan intolerable en una comunidad bien organizada. El individuo tiene que someterse a la totalidad, o mejor dicho, a las autoridades encargadas de decidir sobre el bien de la totalidad.

STOCKMANN.—Será verdad. ¿Pero a mí qué diablos me importa todo eso?

ALCALDE.—Porque esto es precisamente lo que parece que no quieres aprender nunca, querido Otto. Pero ten cuidado; tendrás que pagarlo una vez… tarde o temprano… ¡Ya quedas advertido! ¡Piénsalo bien!

STOCKMANN.—¿Pero estás loco? Sigues una pista completamente falsa.

ALCALDE.—¡Yo una pista falsa! Además, yo no puedo tolerar que me… *(Saludando hacia el comedor.)* ¡Adiós, cuñada! ¡Servidor de ustedes, señores!

JUANA.—*(Entrando en la sala.)* ¿Se ha vuelto a marchar?

STOCKMANN.—Sí; hecho una furia.

JUANA.—Pero, querido Otto, ¿qué es lo que le has hecho?

STOCKMANN.—Absolutamente nada. No tiene derecho a pedirme que le dé cuenta antes de tiempo.

JUANA.—¿Sobre qué?

STOCKMANN.—Bueno, bueno; dejemos eso, Juana… ¡Qué raro que no venga el cartero!

(Haustad, Billing y Holster han abandonado el comedor y vienen a la sala. Al poco tiempo les siguen Federico y Walter.)

BILLING.—*(Estirando los brazos.)* ¡Oh!, después de una comida como esta se siente uno como vuelto a nacer.

HAUSTAD.—Parece que el alcalde no estaba hoy del mejor humor.

STOCKMANN.—Eso proviene del estómago: hace mal las digestiones.

HAUSTAD.—Sí que tiene usted razón; el *Eco del Pueblo* le pesa en el estómago.

JUANA.—Creía que había terminado en buenas con él…

HAUSTAD.—Sí; pero, en el fondo, entre nosotros no hay más que una especie de tregua.

BILLING.—Una tregua…, esa es la palabra…

STOCKMANN.—Hay que tener en cuenta que mi hermano es solterón. ¡Pobre! No tiene una casa en que pudiera sentirse a gusto; asuntos y más asuntos eternamente. Y luego esa maldita agua de té delgadita, que es casi su única bebida… Bueno, muchachos, colocad sillas alrededor de la mesa. ¡Qué!, ¿no viene pronto el ponche?

JUANA.—*(Yendo hacia el comedor.)* Enseguida, enseguida.

STOCKMANN.—Tenga la bondad, capitán. Siéntese usted a mi lado, aquí en el sofá. Un huésped tan raro como usted… Hagan el favor de tomar asiento, señores.

(Los caballeros se sientan alrededor de la mesa. La señora Stockmann trae una bandeja con una tetera, vasos, garrafas, etc.)

JUANA.—¡Ajajá! Aquí hay arrak, y aquí ron, y aquí coñac. Que cada cual se sirva lo que prefiera.

STOCKMANN.—Vamos a ello. *(Cogiendo un vaso.)* Vamos a ello. *(Mientras preparan el ponche.)* Y ahora, los cigarros; ya sabes dónde está la caja, Federico. Y tú, Walter, puedes traerme la pipa. *(Los muchachos entran en la habitación de la derecha.)* Tengo la sospecha de que Federico me quita un cigarro de cuando en cuando, pero hago como si no lo notara. *(Los chicos traen lo encargado.)* Tengan la bondad, señores. Yo sigo fiel a mi pipa. Esta que tengo en la mano me ha acompañado varias veces allá en el Norte en travesías tormentosas. *(Brindando.)* ¡Salud!… La verdad es que una habitación caliente y agradable como esta es preferible a temporales y tormentas.

JUANA.—*(Trabajando en un bordado.)* ¿Cuándo se hace usted a la mar, capitán?

HOLSTER.—Probablemente, la semana entrante.

JUANA.—Va usted a América, ¿verdad?

HOLSTER.—Sí, señora.

BILLING.—Pero entonces no puede usted tomar parte en las elecciones.

HOLSTER.—¿Hay elecciones otra vez?

BILLING.—¿No lo sabe usted?

HOLSTER.—No; yo no me ocupo de esas cosas.

BILLING.—¿De manera que no se interesa usted por la política?

HOLSTER.—No; no entiendo nada de eso.

BILLING.—Es lo mismo; en todo caso hay que votar.

HOLSTER.—¿También tienen que votar los que no han idea ninguna de esas cosas?

BILLING.—¿Que no tienen idea? ¿Qué quiere usted decir? La sociedad es como un barco. Todos los que van a bordo deben ayudar.

HOLSTER.—En tierra firme, puede que tenga usted razón. Pero si aplicase usted a bordo esas teorías, iban a resultar malas experiencias.

HAUSTAD.—¿Verdad que es extraño que la mayoría de los marinos tengan tanta indiferencia por la vida pública?

BILLING.—¡Sí, es muy extraño!

STOCKMANN.—Los marinos son como los pájaros errantes: en todas partes les parece estar en casa. Pero esa es una razón más para que los otros tomemos con mayor calor los asuntos públicos. ¿Hay algo interesante en el *Eco* de mañana?

HAUSTAD.—¡Naturalmente! Pero no local. Por lo demás, pasado mañana pensaba publicar su artículo de usted…

STOCKMANN.—¡Oh, el artículo! No; tiene usted que esperar todavía.

HAUSTAD.—¿De veras? Es lástima, porque ahora tenemos mucho espacio, y además me parece que sería la ocasión más oportuna.

STOCKMANN.—Sí, sí. Puede ser, puede ser. Pero, a pesar de eso, hay que esperar unos días. Ya le diré a usted por qué razón.

PETRA.—*(Entra de la antesala con la capa y el sombrero puestos y un paquete de cuadernos de escritura debajo del brazo.)* Buenas noches.

STOCKMANN.—Buenas noches, Petra. ¿Has venido por fin?

(Saludos mutuos. Petra deja la capa y el sombrero en una silla al lado de la puerta.)

PETRA.—Está muy agradable esto.

STOCKMANN.—Solo tú nos faltabas…

BILLING.—*(Oficioso.)* ¿Me permite usted, señorita, que la prepare un vaso de ponche?

PETRA.—*(Acercándose a la mesa.)* Gracias. Prefiero hacerlo yo misma. Usted lo hace siempre demasiado fuerte… ¡Ah!, pero se me olvidaba… Papá, aquí tengo una carta para ti. *(Yendo a la silla en que había dejado sus cosas.)*

STOCKMANN.—¿Una carta? ¿De quién?

PETRA.—*(Buscando en el bolsillo del abrigo.)* Me la dio el cartero cuando me iba para la escuela.

STOCKMANN.—*(Poniéndose en pie y yendo hacia ella.)* ¿Y te acuerdas ahora de traérmela?

PETRA.—No tenía tiempo de volverme. Aquí la tienes.

STOCKMANN.—*(Cogiendo rápidamente la carta.)* Trae acá, trae acá, niña. *(Mirando el sobre.)* Eso es; perfectamente.

JUANA.—¿Es la que esperabas, Otto?

STOCKMANN.—Sí; tengo que… Enseguida… Dame una luz, Juana; haz el favor.

JUANA.—La lámpara de la mesa del despacho está encendida.

STOCKMANN.—Muy bien. Perdonen ustedes un momento.

(Entra en la habitación de la derecha.)

PETRA.—¿Qué podrá ser, mamá?

JUANA.—No lo sé, hija mía. En los últimos días estaba siempre preguntando por el cartero.

BILLING.—Se tratará probablemente de algún veraneante célebre inglés o alemán.

PETRA.—¡Pobre papá!… Realmente, trabaja demasiado. *(Se prepara un vaso de ponche.)* ¡Oh, qué rico debe estar!

HAUSTAD.—¿Ha dado usted lección en la escuela nocturna?

PETRA.—*(Paladeando el ponche.)* Dos horas.

BILLING.—¿Y por la mañana cuatro horas en el colegio?…

PETRA.—*(Sentándose.)* Cinco.

JUANA.—Y para esta noche ya veo que traes cuadernos que corregir.

PETRA.—Sí, un montón de ellos.

HOLSTER.—¿De manera que tiene usted más que bastante que hacer?

PETRA.—Sí, y me alegro de ello. Porque al terminar está una tan deliciosamente cansada…

BILLING.—¿Le gusta a usted eso?

PETRA.—¡Claro que sí! Luego se duerme admirablemente.

WALTER.—Se conoce que debes tener muchos pecados sobre tu conciencia, Petra.

PETRA.—¿Pecados?…

WALTER.—Sí, cuando tanto trabajas… El predicador dice que el trabajo se nos impuso como castigo por nuestros pecados.

FEDERICO.—*(Con un gesto de superioridad.)* ¡Bah! ¡Qué tonto eres en creer eso!

JUANA.—¡Federico, cuidado!

BILLING.—*(Riendo.)* Tiene gracia.

HAUSTAD.—¿No te gustaría trabajar mucho, Walter?

WALTER.—¡Claro que no!

HAUSTAD.—¿Pero qué es lo que quieres ser?

WALTER.—Yo preferiría ser un *Wiking*.

FEDERICO.—¡Pero los *Wiking* eran paganos!

WALTER.—Bueno; ¿no podía yo también ser pagano?

BILLING.—En ese punto estoy conforme contigo, Walter. Yo digo exactamente lo mismo.

JUANA.—*(Haciéndole una seña.)* No; eso no es verdad, señor Billing.

BILLING.—¡Claro que lo es! Yo soy pagano, y ese es mi orgullo. Ya verá usted; dentro de poco, nos volvemos todos paganos.

WALTER.—¿Y entonces podríamos hacer lo que quisiésemos?

BILLING.—Querido Walter, por lo que a eso toca…

JUANA.—Bueno, niños, a ver si os marcháis. De seguro tenéis que estudiar todavía las lecciones para la escuela.

FEDERICO.—¡Yo podía quedarme un rato todavía!…

JUANA.—Tú tampoco. ¡Idos los dos! *(Los chicos dan las buenas noches y se van por la habitación de la izquierda.)*

HAUSTAD.—¿De veras cree usted que podría dañar a los chicos el oír estas cosas?

JUANA.—No sé, pero no me gusta.

PETRA.—Tienes demasiado miedo, mamá.

JUANA.—Puede ser. Pero no me gusta. Por lo menos, aquí en casa.

PETRA.—Sí, sí; la verdad, ni en casa ni en la escuela. En casa no se puede hablar, y en la escuela hay que mentir.

HOLSTER.—¿Tiene usted que mentir?

PETRA.—Sí. ¿No ve usted que nos vemos obligados a decir muchas cosas en que nosotros mismos no creemos?

BILLING.—Eso no tiene duda.

PETRA.—Si tuviese medios para ello, fundaría una escuela, y allí habría de ser de otro modo.

BILLING.—¡Oh!, por lo que toca a los medios…

HOLSTER.—Si tiene usted realmente intención de hacerlo, yo, por mi parte, pongo a su disposición una habitación grande. Mi casa está casi vacía, y en el piso bajo hay un comedor espacioso que…

PETRA.—*(Sonriendo.)* Muchas gracias, capitán, pero creo que no llegaré a hacer nada.

HAUSTAD.—No; la señorita Petra pertenecerá algún día a nuestra profesión de periodistas… A propósito. ¿Ha leído usted la novela inglesa que nos prometió traducirnos?

PETRA.—Todavía no, pero la traducción la recibirá usted a tiempo.

STOCKMANN.—*(Agitando en el aire una carta.)* Aquí hay una cosa que va a producir sensación en la ciudad. ¡Esta sí que es una novedad!

BILLING.—¿Novedad?…

JUANA.—¿Qué novedad?

STOCKMANN.—Un gran descubrimiento, Juana.

HAUSTAD.—¿Descubrimiento?…

JUANA.—¿Que tú has hecho?

STOCKMANN.—Sí; yo, yo. *(Pasea arriba y abajo.)* Que digan ahora que son fantasías mías… Fantasías y chifladuras. ¡Pero se librarán muy bien! ¡Ya lo creo que se librarán!

PETRA.—¿Pero qué es eso, papá?

STOCKMANN.—Paciencia… Ya lo sabrás todo. ¡Solo siento que no esté aquí mi hermano! ¡Cómo es posible que los hombres anden ciegos como topos años y años!…

HAUSTAD.—¿Pero de qué se trata, doctor?

STOCKMANN.—*(Parándose ante la mesa.)* ¿No creemos todos que nuestra ciudad tiene condiciones sanitarias excelentes?…

HAUSTAD.—¡Naturalmente!

STOCKMANN.—¿Condiciones sanitarias extraordinarias que merecen ser recomendadas encarecidamente a sanos y a enfermos?…

JUANA.—Sí, Otto; pero…

STOCKMANN.—¿Y no hemos ponderado ante todo el mundo estas excelencias de nuestra ciudad? ¿Yo mismo no he escrito folletos y he publicado en el *Eco del Pueblo* artículo sobre artículo?…

HAUSTAD.—Bien. Pero…

STOCKMANN.—Este balneario, al que hemos llamado el nervio vital, los pulmones, las arterias y qué sé yo cuántas cosas más de la ciudad…

BILLING.—Sí; en un momento solemne yo llegué a llamarle «nuestro corazón palpitante».

STOCKMANN.—Es verdad, lo recuerdo. Bueno; pues ¿saben ustedes lo que es en realidad este establecimiento tan grande, tan magnífico, tan ponderado?

HAUSTAD.—¡Vaya, diga usted de una vez…!

JUANA.—¡Acaba, por Dios!

STOCKMANN.—Nuestro balneario es un foco pestilente.

PETRA.—¡El balneario, papá!

JUANA.—*(Al mismo tiempo.)* ¡Nuestro balneario!

HAUSTAD.—*(Igualmente.)* ¡Pero señor doctor!…

BILLING.—¡Imposible!

STOCKMANN.—Os digo que el balneario es una sepultura envenenada. ¡Terriblemente peligrosa para la salud! Toda la porquería que se almacena allá arriba en el Valle del Molino, todo aquello que allí tan mal huele…, eso infecta el agua que las cañerías conducen a las fuentes, y esa misma porquería maldita se puede ver también en la playa…

HOLSTER.—¿Dónde están los balnearios?

STOCKMANN.—Allí precisamente.

HAUSTAD.—¿Pero por dónde sabe usted eso con tal seguridad, doctor?

STOCKMANN.—He estudiado el asunto con toda la escrupulosidad posible. Ya hace tiempo que sospechaba algo. El verano pasado tuvimos entre los bañistas casos de enfermedad muy raros… Tifus…, fiebres gástricas…

JUANA.—Sí, lo recuerdo.

STOCKMANN.—Entonces creíamos que eran los forasteros los que habían traído la enfermedad; pero más tarde, en el invierno…, empecé a pensar de otro modo y analicé con el mayor cuidado posible las aguas.

JUANA.—¿De modo que por eso trabajabas tú tan incansablemente?

STOCKMANN.—*(Sonriendo.)* Incansablemente; sí que puedes decirlo, Juana. Pero aquí me faltaban los medios científicos necesarios y envié pruebas de nuestras aguas a la Universidad, al famoso químico Nissen para que las sujetara a un análisis exacto.

HAUSTAD.—¿Y ese análisis es el que ha recibido usted?

STOCKMANN.—*(Señalando a la carta.)* ¡Aquí lo tengo! Está demostrado del modo más convincente que las aguas contienen materias orgánicas putrefactas, millones de bacterias; figuraos ahora si esto será dañino para bañarse y mucho más para beber.

JUANA.—¡Oh!, es una suerte muy grande que lo hayas descubierto a tiempo.

STOCKMANN.—¿Verdad que sí?

HAUSTAD.—¿Y qué piensa usted hacer?

STOCKMANN.—Naturalmente, ver de hacer de modo que tengamos agua sana.

HAUSTAD.—¿Es que eso es posible?

STOCKMANN.—Tiene que serlo; si no el balneario entero es inútil, no sirve para nada. Pero no hay peligro de que eso ocurra. Ya sé lo que hay que hacer.

JUANA.—¡Pero, Otto, que nos lo hayas tenido tan secreto!…

STOCKMANN.—¿Querías que me pusiese a decirlo a voces antes de haber adquirido certeza completa? No estoy tan loco.

PETRA.—Pero a nosotros…

STOCKMANN.—¡A ninguna alma viviente! Bueno; mañana vas a ver al viejo mastín…

JUANA.—¡Otto!

STOCKMANN.—Bien; vas a ver a tu abuelo. ¡Vaya una cara que va a poner el viejo! Como que dice que yo no estoy del todo bien de la cabeza: bueno; otros creen lo mismo…, bien lo he notado… Pero ahora verán las gentecillas esas… ¡Ahora verán! *(Recorre la habitación frotándose las manos.)* ¡La complicación que esto va a traer, Juana! Hay que cambiar toda la cañería.

HAUSTAD.—*(Poniéndose en pie.)* ¿Toda la cañería?…

STOCKMANN.—¡Claro que sí! Está demasiado baja y hay que ponerla más alta.

PETRA.—¿De modo que por fin resulta que tenías tú razón?…

STOCKMANN.—Sí; ¿te acuerdas, Petra? Cuando iban a colocar la cañería escribí en contra. Pero entonces no quiso nadie hacerme caso. Ya podéis pensar que a los señores concejales no les he endulzado demasiado la píldora…; sí, naturalmente, he escrito una Memoria para la Administración del balneario, dando cuenta de cómo están las cosas. Hace una semana que está terminada; no esperaba más que esto. *(Señalando a la carta.)* Pero ahora se la voy a mandar enseguida. *(Entra en el despacho y vuelve a los pocos momentos con una porción de papeles.)* ¡Ya ven ustedes! ¡Cuatro pliegos escritos de arriba abajo! Ahora la carta del profesor se adjunta… ¡Dame un periódico, Juana! Algo con que envolver…, bien…, eso es…, y dáselo ahora a la criada, que lo lleve inmediatamente al alcalde.

(Juana sale con el paquete.)

PETRA.—Pero, papá, ¿qué va a decir el tío de eso?

STOCKMANN.—¿Qué quieres que diga? Estará satisfecho de que se descubra una verdad tan importante.

HAUSTAD.—¿Le parece a usted bien, doctor, que dé en el *Eco del Pueblo* una pequeña noticia sobre su descubrimiento?

STOCKMANN.—Se lo agradecería mucho.

HAUSTAD.—Es de desear que el público tenga conocimiento de ello cuanto antes.

STOCKMANN.—¡Claro, claro!

JUANA.—*(Entrando.)* El encargo ya está hecho.

BILLING.—Ahí tiene usted. Ahora se ha hecho usted de un golpe el hombre más importante de la ciudad.

STOCKMANN.—*(Pasea con muestras de satisfacción.)* ¡No diga usted eso! En el fondo no he hecho más que cumplir con mi deber. He sido un excavador afortunado, nada más. Sin embargo…

BILLING.—¿No le parece a usted, compañero, que la ciudad debía darle una serenata al doctor Stockmann?

HAUSTAD.—¡Es una idea feliz! ¡Vamos a ponernos a ello desde ahora!

BILLING.—Sí; a ver si todavía esta noche constituimos una comisión. Thomsen el impresor acaso…, y usted…, y yo…, y otros…

STOCKMANN.—Pero, queridos amigos, dejen ustedes esas locuras…

HAUSTAD.—Señor doctor, a un hombre que ha prestado un tal servicio a su ciudad…

STOCKMANN.—No, no; no quiero saber nada de cosas semejantes, y si la Dirección del balneario creyese que debía concederme un aumento de sueldo…, no lo acepto. Palabra, Juana. ¡No lo acepto!

JUANA.—En eso tienes razón.

PETRA.—*(Levantando su vaso.)* ¡A tu salud, papá!

HAUSTAD Y BILLING.—¡A su salud, doctor! ¡A su salud! *(Chocan los vasos.)*

HOLSTER.—*(Chocando también el suyo con Stockmann.)* ¡Que su descubrimiento le proporcione muchas alegrías!

STOCKMANN.—¡Gracias, gracias, queridos amigos! ¡Me siento de todo corazón dichoso! ¡Oh, es un sentimiento hermoso la conciencia de que se ha trabajado por el bien de su ciudad, de sus convecinos! ¡Viva Juana!

(La coge por el talle y corretea por la habitación. Juana grita y quiere desasirse. Risas, palmadas y vivas al doctor. Federico y Walter asoman las cabezas por entre la puerta.)

Acto segundo

La misma sala. La puerta del comedor está cerrada. Es por la mañana.

JUANA.—*(Entra del comedor con una carta, va a la segunda puerta derecha y llama.)* ¿Estás ahí, Otto?

STOCKMANN.—*(Desde dentro.)* Sí, acabo de llegar. *(Entrando.)* ¿Qué pasa?

JUANA.—Una carta de tu hermano. *(Se la da.)*

STOCKMANN.—¡Oh! Vamos a ver. *(Rasga apresuradamente el sobre y lee.)* «Te envío adjunto el manuscrito que me enviaste…» *(Sigue leyendo murmurando.)* ¡Hum!…

JUANA.—¿Qué dice?

STOCKMANN.—*(Metiendo los papeles en el bolsillo.)* No dice más que hacia el mediodía vendrá él mismo a verme.

JUANA.—No te olvides de estar en casa a esa hora.

STOCKMANN.—Descuida. Ya he despachado todas las visitas de la mañana.

JUANA.—Tengo curiosidad por ver cómo toma la cosa.

STOCKMANN.—Ya lo verás; de seguro no le gusta no haber sido él quien hizo el descubrimiento.

JUANA.—También yo me lo temo.

STOCKMANN.—En realidad, debía alegrarse… Pero… mi hermano teme tanto que otras gentes puedan hacer algo en bien de la ciudad…

JUANA.—Mira, yo sé una salida, Otto… Comparte con él la honra del descubrimiento. ¿No podías decir que había sido él quien te había puesto sobre la pista?

STOCKMANN.—Por mí, perfectamente. Con tal que se reparen seriamente los daños, lo demás me es indiferente.

NIELS WORSE.—*(Asoma la cabeza por la puerta de la antesala; mira inquisitivamente alrededor, se sonríe interiormente y pregunta en tono de malicia.)* ¿Es verdad eso?

STOCKMANN.—¡Oh!, ahí está mi suegro. Buenos días, buenos días.

JUANA.—¿Pero por qué no entras, padre?

NIELS WORSE.—Si es verdad, sí; si no, vuelvo a marcharme.

STOCKMANN.—¿Si es verdad el qué?

NIELS WORSE.—Esa historia de las aguas. ¿Es verdad?

STOCKMANN.—¡Naturalmente! ¿Cómo la ha sabido usted ya?

NIELS WORSE.—*(Entrando.)* Petra vino toda corriendo camino del colegio…

STOCKMANN.—¡Ah!

NIELS WORSE.—Sí, señor… Y entonces me contó… Yo pensé si querría burlarse de mí; pero eso no parece propio de Petra.

STOCKMANN.—¡Dios nos libre!

NIELS WORSE.—Bueno, bueno. En absoluto no se puede confiar en nadie. Antes que uno se dé cuenta, ya le han engañado. ¿De modo que es verdad?

STOCKMANN.—¡Claro que sí! Pero tome usted asiento. *(Obligándole a sentarse en el sofá.)* ¿Y no es una verdadera dicha para la ciudad?

NIELS WORSE.—*(Luchando con la risa.)* ¿Una dicha para la ciudad?

STOCKMANN.—Sí, el haber hecho a tiempo ese descubrimiento.

NIELS WORSE.—*(Como antes.)* ¡Sí, sí, sí! No le hubiera creído a usted capaz de hacerle farsas semejantes a su propio hermano.

STOCKMANN.—¡Farsas!

JUANA.—Pero querido padre…

NIELS WORSE.—*(Apoyando las manos y la barba en el puño de su bastón y mirando socarronamente al doctor.)* De modo que ¿cómo es eso, cómo es eso? ¿Es verdad que ha entrado, así, una especie de animal en la cañería?

STOCKMANN.—Sí, bacterias.

NIELS WORSE.—Ba… bacterias… ¡Hum!… Y dice Petra que hay una cantidad tremenda de esas… bacterias; millones o billones, o…

STOCKMANN.—¡Claro es!

NIELS WORSE.—Pero no hay nadie que pueda verlas, ¿verdad?

STOCKMANN.—No, verlas no se puede.

NIELS WORSE.—*(Con una risita íntima, dichosa.)* Que me lleve el diablo si este no es el golpe más magnífico de usted que conozco.

STOCKMANN.—¿Qué quiere usted decir?

NIELS WORSE.—Pero no conseguirá usted hacer que el alcalde se trague esa tostada.

STOCKMANN.—Eso ya lo veremos.

NIELS WORSE.—¿Pero cree usted que puede estar tan loco?

STOCKMANN.—Espero que de esa locura participe toda la ciudad.

NIELS WORSE.—¡Toda la ciudad! Puede ser. ¡Bien les va a sentar a los señores concejales! Ahí lo tienen. Quieren siempre saber más que nosotros los viejos, y a mí me echaron del Ayuntamiento. Pero ahora reciben el pago. ¡Ah! ¡Haga usted que se traguen la píldora, Stockmann!

STOCKMANN.—Pero…

NIELS WORSE.—Que se la traguen bien tragada. ¿Oye usted? *(Se pone en pie.)* Si logra usted pegársela al alcalde y a sus amigos, doy inmediatamente doscientas coronas para los pobres.

STOCKMANN.—Esa sería una buena acción de parte de usted.

NIELS WORSE.—Sí, señor. Lo que tengo no me sobra. Pero si consigue usted lo que le digo, las Navidades próximas recibirán los pobres doscientas coronas, mías.

HAUSTAD.—*(Entrando en la antesala.)* ¡Buenos días! *(Quedándose parado.)* ¡Oh, perdone usted!…

STOCKMANN.—De ningún modo; entre usted.

NIELS WORSE.—*(Guiñando un ojo.)* ¡Este, eh! ¿También este está enterado?

HAUSTAD.—¿A qué se refiere usted?

STOCKMANN.—¡Claro que está enterado!

NIELS WORSE.—Podía habérmelo figurado. ¡Claro, la historia tiene que salir en los periódicos! Sí, Stockmann. Usted es mi hombre. Pero háganles ustedes bailar de lo lindo a esos sabihondos concejales… Y ahora tengo que marcharme…

STOCKMANN.—¡Oh!, quédese usted un poco todavía.

NIELS WORSE.—Gracias. Tengo que irme. Y que bailen… Cuanto más, mejor… No le pesará a usted… *(Se va; Juana le acompaña.)*

STOCKMANN.—*(Riendo.)* ¡Figúrese usted! Mi suegro no cree una palabra de la historia esta.

HAUSTAD.—¿De modo que eso era lo que quería decir?…

STOCKMANN.—Y usted probablemente viene a lo mismo.

HAUSTAD.—Sí. ¿Tiene usted un momento libre?…

STOCKMANN.—Estoy completamente a su disposición, querido Haustad.

HAUSTAD.—¿Ha recibido usted ya la respuesta del alcalde?

STOCKMANN.—Todavía no. Vendrá luego a verme.

HAUSTAD.—Esta noche he reflexionado mucho sobre la cosa.

STOCKMANN.—¿Y…?

HAUSTAD.—Para usted, como médico y como hombre de ciencia, el caso parece una cosa aislada. Quiero decir, que no se le ocurre a usted pensar que la cosa no es más que un eslabón en una cadena entera de faltas.

STOCKMANN.—Pero ¿cómo?… Haga usted el favor; sentémonos… No, aquí en el sofá. *(Haustad se sienta en el sofá, y el doctor en una silla al otro lado de la mesa.)* De manera que usted cree…

HAUSTAD.—Ayer decía usted que el agua se había corrompido por una porción de materias putrefactas.

STOCKMANN.—Sí; viene indudablemente del pantano envenenado de allá arriba, del Valle del Molino.

HAUSTAD.—Perdone usted, doctor; pero yo creo que proviene de otro pantano muy distinto.

STOCKMANN.—¿De qué otro pantano?

HAUSTAD.—Del pantano en que está metida toda nuestra vida municipal.

STOCKMANN.—¡Pero qué cosas dice usted, señor Haustad!

HAUSTAD.—Todos los asuntos de la ciudad han ido cayendo poco a poco en manos de un rebaño de empleados, de burócratas empedernidos.

STOCKMANN.—¡Hombre, no todos son empleados!

HAUSTAD.—O empleados, o amigos, o clientes de ellos. Solo gobiernan los ricos, las gentes con antiguos nombres prestigiosos.

STOCKMANN.—Pero todas esas gentes son celosas e inteligentes.

HAUSTAD.—¿Dieron muestras de celo y de inteligencia nuestros concejales cuando dispusieron que la conducción de las aguas se hiciese en la forma en que se hizo?

STOCKMANN.—Sí, aquello fue una gran tontería. Pero eso se arreglará ahora.

HAUSTAD.—¿Cree usted que la cosa marchará tan fácilmente?

STOCKMANN.—Fácilmente o no, marchar sí que tiene que marchar.

HAUSTAD.—Eso… si la Prensa toma la cosa con calor.

STOCKMANN.—No es necesario, querido. Estoy seguro de que mi hermano…

HAUSTAD.—Perdóneme usted; pero tengo que advertirle que pienso tratar el asunto.

STOCKMANN.—¿En el *Eco del Pueblo*?

HAUSTAD.—Sí. Al encargarme de la dirección del periódico tenía la idea de romper este anillo de viejos y tercos funcionarios que nos gobiernan.

STOCKMANN.—Pero usted mismo ha contado en qué paró la empresa; a poco arruina usted el periódico…

HAUSTAD.—Sí, es verdad; entonces tuvimos que envainar las armas, porque se corría el riesgo de que no se hiciese el balneario en el caso de que cayesen los señores de la ciudad. Pero ahora es distinto; ahora tenemos ya el balneario y podemos pasarnos sin los señores.

STOCKMANN.—Pasarnos sin ellos, sí. Pero les debemos mucho agradecimiento.

HAUSTAD.—No me opongo a que se les pague religiosamente. Pero un periodista de opiniones populares como las mías no puede dejar pasar sin aprovecharla una ocasión tan magnífica como esta. Hay que desvanecer la fábula de la infalibilidad de los gobernantes. Eso hay que exterminarlo como todas las supersticiones.

STOCKMANN.—En ese punto estoy de acuerdo con usted; si es una superstición, fuera con ella.

HAUSTAD.—Al alcalde no quisiera atacarle demasiado duramente, por ser su hermano de usted; pero ya sabe usted que la verdad no tiene consideraciones a nadie.

STOCKMANN.—¡Claro está, sin duda!… Sí, pero…, pero…

HAUSTAD.—No debe usted pensar mal de mí. No soy ni más egoísta ni más ambicioso que la mayoría de los hombres.

STOCKMANN.—¿Pero quién ha dicho eso, querido?

HAUSTAD.—Como usted sabe, he salido del pueblo y gracias a eso he tenido ocasión de ver que lo que los humildes necesitan ante todo, es participar en la resolución de los asuntos públicos. Solo eso puede desarrollar sus facultades, su conciencia, su sentimiento del deber…

STOCKMANN.—Eso me parece exacto.

HAUSTAD.—Bien; pues ahora pienso yo: ¡Un periodista tiene una gran responsabilidad si desaprovecha una ocasión favorable para sacudir a la masa, a los pequeños, a los oprimidos! Ya sé que entre los poderosos eso se califica de traición y cosas semejantes. Pero eso no puede hacerme mella. Con tal de que mi conciencia esté limpia…

STOCKMANN.—Perfectamente, perfectamente, querido Haustad. ¡Lo esencial es una conciencia limpia! Pero…, sin embargo…, ¡la cosa es grave!… *(Llaman a la puerta.)* ¡Adelante!

(Entra Thomsen de la antesala. Va vestido modestamente, pero con decencia, de negro y con un pañuelo blanco al cuello. Trae en la mano los guantes y un sombrero de fieltro.)

THOMSEN.—*(Inclinándose.)* Perdone el señor doctor que me tome la libertad…

STOCKMANN.—*(Levantándose.)* ¿Es usted, señor Thomsen?

THOMSEN.—Sí.

HAUSTAD.—*(Levantándose.)* ¿Viene usted por mi causa?

THOMSEN.—No; venía a ver al señor doctor…

STOCKMANN.—¿En qué puedo servirle?

THOMSEN.—¿Es verdad, como me contaba el señor Billing, que quiere usted mejorar la conducción de las aguas?

STOCKMANN.—Sí, para el balneario.

THOMSEN.—Muy bien. Pues en ese caso no quería decirle más que estoy dispuesto a apoyar su causa con todo calor.

HAUSTAD.—*(A Stockmann.)* ¿Ve usted?

STOCKMANN.—Les doy a ustedes las gracias más vivas. Pero…

THOMSEN.—Porque quizás serviría de algo el que usted nos tenga a nosotros los pequeños burgueses guardándole las espaldas. Nosotros constituimos en cierto modo una mayoría compacta en la ciudad…; es decir, si queremos. Y siempre está bien tener de su parte a la mayoría, señor doctor.

STOCKMANN.—Sin duda ninguna. Pero no veo que en este caso sean necesarios preparativos de ninguna especie. Me parece que la cosa es tan sencilla…

THOMSEN.—Sin embargo, puede ser que no estuviese de más…; conozco bien a nuestras autoridades. El que tiene el poder en sus manos no acepta de buena gana una proposición que viene de otra parte. Y así no estaría mal que nosotros hiciéramos una demostración.

HAUSTAD.—Esa es también mi opinión.

STOCKMANN.—¿Pero cómo quieren ustedes hacer la demostración?

THOMSEN.—Naturalmente, solo moderadamente. Yo procedo siempre con la mayor moderación; porque la moderación es la primera virtud del ciudadano.

STOCKMANN.—Sí, ya. Usted es conocido como hombre moderado, señor Thomsen.

THOMSEN.—Y creo que con razón… Pero por lo que toca al asunto de las aguas, para nosotros, pequeños burgueses, es de la mayor importancia. El balneario promete ser una mina de oro para la ciudad, y todos nosotros pensamos vivir de él, y principalmente nosotros los caseros. Por eso queremos apoyar el establecimiento con todas nuestras fuerzas. Y como yo soy presidente de la Asociación de Propietarios…

STOCKMANN.—¿Qué?…

THOMSEN.—… y además agente de la Sociedad de Templanza…, ya sabe usted que también me ocupo en eso…

STOCKMANN.—¡Claro, claro!

THOMSEN.—… Tengo la mejor ocasión de estar en contacto con gentes de todas especies. Y como, por otra parte, se me conoce como un vecino prudente y amigo de la concordia, tengo en la ciudad una cierta influencia, tengo un pequeño poder…

STOCKMANN.—Todo eso lo sé perfectamente, señor Thomsen.

THOMSEN.—Bien, vea usted; pues por eso me sería fácil recoger firmas si la cosa llegase a ponerse mal.

STOCKMANN.—¿Firmas?

THOMSEN.—Sí; para un escrito de gracias a usted por haber descubierto una cosa tan importante. Naturalmente que estaría escrito en un tono mesurado para que no pudieran decir nada las autoridades. Y si no perdemos de vista eso, nadie podrá tomar a mal el escrito.

HAUSTAD.—Y aunque se le mirase de mala manera…

THOMSEN.—No, no; nada de ataques a las autoridades. No hay que hacer oposición contra gentes que pueden hacernos tanto daño. En este punto he hecho ya bastantes experiencias; nunca sale nada bueno de tales cosas. Pero una expresión de su opinión mesurada, aunque decidida, no puede tomársele a mal a un ciudadano.

STOCKMANN.—*(Estrechándole con calor la mano.)* No puedo decirle a usted, Thomsen, todo el bien que me hace el ver cómo mis convecinos se agrupan a mi alrededor… Oiga usted: ¿puedo ofrecerle una copita de Jerez?

THOMSEN.—No, gracias; no bebo esas cosas.

STOCKMANN.—Entonces un vaso de cerveza…

THOMSEN.—Gracias, gracias; tampoco. No acostumbro a tomar nada tan temprano… Y ahora tengo que irme a la ciudad para hablar con algunos de los miembros de la Asociación de Propietarios y para preparar la opinión.

STOCKMANN.—Es extraordinariamente amable de parte de usted. Pero no puedo creer en absoluto que sea necesario tomar tales medidas; creo que la cosa marchará por sí sola…

THOMSEN.—*(Sonriendo.)* Las autoridades, señor doctor, trabajan con alguna dificultad.

HAUSTAD.—Bueno; mañana les daremos en el *Eco del Pueblo* un empujoncito para animarlas.

THOMSEN.—Bien; pero no demasiado fuerte. Escuche usted mis consejos; mire usted que ya he hecho algunas experiencias en la escuela de la vida… Y ahora. De manera que adiós, señor doctor. ¡En todo caso, nosotros, pequeños burgueses, estamos detrás de usted como un muro protector! ¡Tiene usted de su parte a la compacta mayoría!

STOCKMANN.—Le repito las gracias, mi querido Thomsen. *(Sacudiéndole la mano.)* ¡Hasta la vista!

THOMSEN.—¡Hasta la vista, señor doctor! *(Saluda y se va; Stockmann le acompaña hasta la antesala.)*

HAUSTAD.—*(Mientras el doctor vuelve a entrar.)* ¿Qué dice usted de eso, doctor? ¿No ha llegado el tiempo de cerrar contra todo ese apocamiento y contra tanta cobardía?

STOCKMANN.—¿Cree usted que Thomsen…?

HAUSTAD.—Sí; es de los que están en el pantano también…, por excelente que pueda ser en otros conceptos. Y así son la mayoría. No hacen más que volverse a todos lados; a fuerza de consideraciones y respetos, no se atreven a dar un paso hacia adelante.

STOCKMANN.—Pero a mí me parece que Thomsen es un hombre de tan buena intención…

HAUSTAD.—Hay cosas que valen más que eso en mi concepto: ¡decisión y valor varonil!

STOCKMANN.—¡Hum!… En eso tiene usted razón.

HAUSTAD.—Pues eso es lo que me induce a aprovechar la ocasión para sacudir a los mejores. Hay que acabar con la idolatría de las autoridades que padecemos. Tenemos que ponerles claro ante los ojos a nuestros contribuyentes este error grave cometido en la conducción de las aguas.

STOCKMANN.—Bien. Si cree usted que será en beneficio del Municipio, no tengo nada en contra. Pero aguarde usted a que haya hablado con mi hermano.

HAUSTAD.—De todos modos, voy a preparar ya un artículo. ¿Y si el alcalde no acepta su proyecto?…

STOCKMANN.—¿Pero cómo puede usted creer…?

HAUSTAD.—¡Ya lo creo que puedo creerlo! ¿En ese caso…?

STOCKMANN.—Entonces le prometo a usted… *(De pronto.)* ¡En ese caso publique usted mi Memoria en el *Eco del Pueblo*!

HAUSTAD.—¿Puedo hacer eso?

STOCKMANN.—*(Entregándole el manuscrito.)* Aquí lo tiene usted; llévelo usted por de pronto.

HAUSTAD.—Gracias, gracias. ¡Y ahora adiós, señor doctor!

STOCKMANN.—¡Hasta otro rato, querido Haustad!… ¡Ya verá cómo la cosa marcha como una seda, como una seda!

HAUSTAD.—¡Hum!… Veremos. *(Saluda y sale por la antesala.)*

STOCKMANN.—*(Va a la puerta del comedor y mira.)* ¡Juana!… ¡Oh! ¿Estás ya de vuelta, Petra?

PETRA.—*(Entrando.)* Sí, vengo de la escuela.

JUANA.—*(A la entrada.)* ¿No ha estado aquí todavía?

STOCKMANN.—¿Hans? No; pero he hablado de una porción de cosas con Haustad. Está encantado con mi descubrimiento. Resulta que tiene más trascendencia de lo que yo creía al principio. Me pone el periódico a mi disposición en el caso de que tropiece con dificultades.

JUANA.—¿Pero es que vas a necesitar hacer uso de la Prensa?

STOCKMANN.—¡Claro que no! Pero de todas maneras, le enorgullece a uno el saber que la Prensa liberal, independiente… Y figúrate, también acaba de estar aquí el presidente de la Asociación de Propietarios.

JUANA.—¿Sí? ¿Qué quería?

STOCKMANN.—Ofrecerme también su apoyo. Todos quieren apoyarme si la cosa se pusiese seria. Juana…, ¿sabes a quién tengo detrás de mí?

JUANA.—¿A quién tienes detrás de ti? No. ¿A quién?

STOCKMANN.—A la compacta mayoría.

JUANA.—¿De veras? ¿Es bueno eso, Otto?

STOCKMANN.—¡Oh, qué inocente eres! ¡Naturalmente! *(Se frota satisfecho las manos y pasea arriba y abajo.)* ¡Oh, qué bien le hace a uno la conciencia de ir así de la mano de sus convecinos!

PETRA.—¡Y el poder hacer una obra tan buena, padre!

STOCKMANN.—Sí, y además hacerla por su ciudad.

JUANA.—Suena el timbre.

STOCKMANN.—¡Ahí está! *(Llaman a la puerta.)* ¡Adelante!

ALCALDE.—*(Entrando en la antesala.)* Buenos días.

STOCKMANN.—Bienvenido, Hans.

JUANA.—Buenos días, cuñado. ¿Cómo va?

ALCALDE.—Gracias; así, así. *(Al doctor.)* Ayer por la noche, después de terminadas las horas de oficina, recibí una Memoria tuya referente a las aguas del balneario.

STOCKMANN.—¿Y qué? ¿La has leído?

ALCALDE.—Sí.

STOCKMANN.—¿Y qué piensas de la cosa?

ALCALDE.—*(Mirando de soslayo a las mujeres.)* ¡Hum!…

JUANA.—Vámonos, Petra. *(Se va con Petra a la habitación de la izquierda.)*

ALCALDE.—*(Tras corto silencio.)* ¿Era realmente necesario hacer todas esas investigaciones a espaldas mías?

STOCKMANN.—Sí; mientras no tuviese seguridad absoluta era preciso…

ALCALDE.—¿De modo que ahora crees tenerla?

STOCKMANN.—Tú mismo has podido convencerte.

ALCALDE.—¿Tienes la intención de presentar la Memoria como un documento oficial a la Administración del balneario?

STOCKMANN.—¡Naturalmente! Hay que hacer algo, y tiene que ser enseguida.

ALCALDE.—En tu Memoria empleas, como de costumbre, expresiones muy fuertes. Entre otras cosas, afirmas que lo que ofrecemos a los visitantes del balneario es un envenenamiento permanente.

STOCKMANN.—¿Pero es que conoces alguna calificación más atenuada? Piensa de qué se trata. ¡Agua envenenada externa e internamente! ¡Y esto para pobres enfermos que se entregan confiados a nosotros y nos dan su dinero para restablecer su salud!

ALCALDE.—Y luego llegas con tus deducciones al resultado de que debemos construir una cloaca que recoja la inmundicia que se almacena allá arriba y también cambiar las cañerías.

STOCKMANN.—¿Es que acaso sabes tú alguna otra salida? Yo no.

ALCALDE.—Esta mañana he visitado al arquitecto municipal, y llevé la conversación, así, medio en broma, a tus proyectos, como algo de que acaso más tarde alguna vez pudiera tratarse detenidamente.

STOCKMANN.—¡Acaso más tarde!

ALCALDE.—El arquitecto se rio de mi supuesta extravagancia… ¡Naturalmente! ¿Te has tomado el trabajo de calcular lo que costarían las reformas que propones? Según las explicaciones del arquitecto, ascenderían a algunos cientos de miles de coronas.

STOCKMANN.—¿Tanto?

ALCALDE.—Sí. Pero falta lo peor. Los trabajos exigirían lo menos dos años.

STOCKMANN.—¿Dos años dices? ¿Dos años enteros?

ALCALDE.—Por lo menos. ¿Y qué íbamos a hacer entretanto del balneario? ¿Cerrarlo acaso? ¡Claro, no podíamos hacer otra cosa! ¿O crees que vendría aquí un solo bañista si se esparciese el rumor de que el agua era peligrosa para la salud?

STOCKMANN.—¡Pero es que sí lo es, Hans!

ALCALDE.—Y todo eso, ahora; precisamente ahora que el balneario comienza a prosperar y a adquirir fama. También las ciudades vecinas podrían instalar baños. ¿Crees que no harían todo lo posible para atraerse a sí los veraneantes? Sin duda ninguna. ¿Y qué iba a ser de nosotros? Probablemente

el costoso establecimiento no nos serviría de nada, y tú habrías arruinado a la ciudad en que naciste.

STOCKMANN.—¿Yo?… ¿Arruinado?…

ALCALDE.—Si la ciudad tiene algún porvenir, es como punto de veraneo. Eso puedes verlo lo mismo que yo.

STOCKMANN.—¿Pero qué piensas tú que habría que hacer?

ALCALDE.—De tu Memoria no he podido sacar la convicción de que la situación sea tan grave como tú la pintas.

STOCKMANN.—¡Es más grave todavía! Por lo menos, lo será en el verano con el calor.

ALCALDE.—Como he dicho, creo que exageras mucho. Un buen médico debe tomar, saber tomar de tal modo sus medidas… Debe poder prevenir y remediar los efectos dañosos en el caso de que se presentasen realmente.

STOCKMANN.—Y por esa razón… ¿Qué más?

ALCALDE.—La conducción de las aguas tal como está es un hecho, y debe ser considerada como tal. Pero probablemente la Dirección no tendrá inconveniente en estudiar en su tiempo hasta qué punto será posible, mediante sacrificios pecuniarios adecuados, introducir algunas reformas.

STOCKMANN.—¿Y tú te figuras que yo iba a pasar por una traición semejante?

ALCALDE.—¡Traición!

STOCKMANN.—Sí; sería una traición, una estafa, una mentira. ¡Hasta un crimen contra el público, contra la sociedad entera!

ALCALDE.—Como ya he notado, no he podido adquirir la convicción de que nos encontremos ante un verdadero peligro.

STOCKMANN.—¿Que no? ¡Pero eso es imposible! Mi exposición del asunto es tan decisiva, tan verdadera y tan exacta… Y tú lo ves perfectamente, hermano; solo que no quieres confesarlo. Ha sido cosa tuya que el balneario y la conducción estén colocados donde ahora se encuentran, y eso es, esa maldita equivocación es lo que tú no quieres confesar. ¡Oh! ¿Crees que no lo veo?

ALCALDE.—Y aunque así fuera. Si es verdad que quizás velo con algún miedo por mi prestigio, lo hago en interés de la ciudad. Sin autoridad moral no puedo dirigir los negocios públicos en la forma que estimo conveniente para los intereses de la comunidad. Por eso y también por otras razones, me interesa ahora que tu Memoria no se presente a la Dirección del balneario. En interés de todos, debe quedar entre nosotros la cosa. Más tarde trataremos de ella y haremos en silencio todo lo que podamos; pero nada, ni lo más mínimo, debe llegar a la publicidad de todo esto.

STOCKMANN.—Eso no puede impedirse ya, querido.

ALCALDE.—Pues es preciso impedirlo.

STOCKMANN.—Es imposible, te digo; lo sabe demasiada gente ya.

ALCALDE.—¿Lo saben ya gentes extrañas? ¿Quiénes? ¿Espero que no serán esos señores del *Eco del Pueblo*?…

STOCKMANN.—Sí, esos también. La Prensa independiente y progresiva cuidará de que cumpláis con vuestro deber.

ALCALDE.—*(Tras corta pausa.)* Eres un hombre altamente imprudente, Otto. ¿Es que no has pensado en las consecuencias que podría tener para ti tu manera de proceder?

STOCKMANN.—¿Consecuencias? ¿Para mí?

ALCALDE.—Sí, para ti y para los tuyos.

STOCKMANN.—¿Qué quieres decir con eso?

ALCALDE.—Me parece que me he portado contigo siempre como un buen hermano.

STOCKMANN.—Sin duda que lo has hecho, y te estoy profundamente agradecido por ello.

ALCALDE.—No pido agradecimiento. Además, en parte estaba obligado a trabajar por ti…, por mí mismo. Tenía la esperanza de que te contendrías algo si te ayudaba a mejorar tu situación económica.

STOCKMANN.—¿Cómo? ¡De modo que solo por ti mismo…!

ALCALDE.—En parte, digo. Es muy molesto para un funcionario ver que sus más próximos allegados se están comprometiendo constantemente.

STOCKMANN.—¿Y crees que yo hago eso?

ALCALDE.—Sí, desgraciadamente…, sin saberlo. Tienes un temperamento inquieto, luchador, revoltoso. Y luego, esa manía desdichada de escribir en público sobre todas las cosas humanas y divinas. Apenas se te ocurre una idea, ya estás escribiendo un artículo de periódico o hasta un folleto.

STOCKMANN.—¿Pero es que no es el deber de cada ciudadano comunicar al público las buenas ideas que se le ocurren?

ALCALDE.—¡Oh! ¿Para qué quiere el público nuevas ideas? Con las ideas antiguas, reconocidas por todos, que posee, está perfectamente servido.

STOCKMANN.—¡Y eso lo dices así…, francamente!

ALCALDE.—Sí, era preciso que hablara contigo francamente una vez. Hasta ahora lo había evitado, porque sé que pronto te excitas; pero ha llegado el momento de decirte la verdad. No te das la menor cuenta del mucho daño que te haces con tu desconsiderada imprudencia. Te quejas de las autoridades, protestas contra el mismo Gobierno… Hasta le acusas… Afirmas que te han arrinconado, perseguido. ¿Pero es que puede esperar otra cosa un ciudadano… tan molesto como tú?

STOCKMANN.—¿Cómo? ¿Soy también molesto?

ALCALDE.—Sí, Otto, eres un colaborador molesto. Eso lo sé yo bien. No tienes consideración a nada. Parece que has olvidado completamente que tu puesto de médico de baños tienes que agradecérmelo a mí…

STOCKMANN.—Eso no es verdad. El puesto me correspondía a mí en derecho; a mí y a nadie más. Yo fui quien primero expresó la opinión de que la ciudad podía llegar a ser un balneario excelente, y entonces era yo el único que lo veía. Durante años estuve solo… Años y años tuve que luchar completamente solo por mi idea, y escribí y escribí…

ALCALDE.—No lo niego. Pero entonces no había llegado todavía el momento oportuno. ¡Claro, tú no podías juzgar desde allá arriba, en aquel rincón aislado del mundo! Y cuando llegó el momento a propósito tomé yo…, junto con otros, la cosa por mi cuenta.

STOCKMANN.—Sí, para echar a perder por completo mi magnífico plan. Ahora se ve lo listos que erais.

ALCALDE.—Mi opinión es que lo único que aquí ocurre es que tú necesitas un nuevo acicate para tu espíritu de lucha. Quieres atacar a tus superiores; esa es una costumbre antigua en ti. No puedes tolerar autoridad alguna sobre ti; miras de mala manera al que ocupa un puesto elevado en la Administración; le consideras como tu enemigo personal, y para combatirle, todas las armas te parecen buenas. Pero esta vez ya te he advertido que intereses de la ciudad entera…, y por consiguiente también tuyos, están en juego. Y por eso te digo: la exigencia que ahora te voy a hacer la mantendré con severidad implacable.

STOCKMANN.—Sepamos cuál es la exigencia.

ALCALDE.—Ya que has tenido la imprudencia de hablar con extraños de este asunto tan delicado, a pesar de que hubieras debido guardarlo como un secreto de la Administración…, la cosa ya no puede taparse. Pronto empezarán a propagarse toda clase de rumores, y los malintencionados se cuidarán de alimentarlos constantemente con nuevos aditamentos y falsedades. Por tanto, será necesario que tú desmientas en público esos rumores.

STOCKMANN.—¿Yo? ¿Cómo? No te entiendo.

ALCALDE.—Será necesario que esparzas la noticia de que en un nuevo análisis se ha visto que la cosa no era tan grave como parecía en el primer momento.

STOCKMANN.—¡Ah! ¿Conque eso esperas de mí?

ALCALDE.—Además, se espera que tú tengas la confianza, y así lo declares públicamente, de que la Administración tomará las medidas necesarias para remediar los inconvenientes que pudieran presentarse.

STOCKMANN.—Pero eso no podréis conseguirlo nunca con ese sistema de tapar las cosas y hacerlas a medias… ¡Y mi opinión firme e indestructible es, Hans…!

ALCALDE.—Como funcionario no tienes el derecho de tener una opinión aparte.

STOCKMANN.—¿Que no tengo el derecho de…?

ALCALDE.—Como funcionario digo. Como particular… eso es otra cosa. Pero como funcionario del establecimiento de baños no tienes derecho a manifestar una opinión que contradiga a la de tus superiores.

STOCKMANN.—¡Eso es demasiado! ¡Es que como médico, como hombre de ciencia no iba a tener el derecho…!

ALCALDE.—El asunto de que aquí se trata no es un asunto puramente científico. Es más bien un asunto mixto, técnico-económico…

STOCKMANN.—¡Vete a paseo con esas historias! ¡Todo eso me es absolutamente indiferente! ¡Yo quiero tener libertad de poder expresar mi opinión sobre todos los asuntos posibles!

ALCALDE.—Desde luego… Pero no sobre el balneario; eso te lo prohibo.

STOCKMANN.—*(Casi a gritos.)* ¡Me lo prohibís!… ¡Vosotros!… ¡Vosotros que…!

ALCALDE.—Sí, yo te lo prohibo; yo, tu superior. Y cuando yo te prohibo algo, tienes que obedecer.

STOCKMANN.—*(Conteniéndose.)* ¡Hans…, te lo aseguro…, si no fueras mi hermano…!

PETRA.—*(Abriendo con violencia la puerta.)* ¡Padre, no debes consentir que se te trate así!

JUANA.—*(Siguiéndola.)* ¡Petra! ¡Petra!

ALCALDE.—¡Ah! ¡Se ha escuchado!

JUANA.—No era necesario; hablabais tan alto, que…

PETRA.—Sí; yo escuché.

ALCALDE.—Bien; en realidad lo prefiero así.

STOCKMANN.—*(Acercándose a él.)* ¡Hablabas de prohibir y obedecer!…

ALCALDE.—Me has obligado a hablarte en ese tono.

STOCKMANN.—¿De manera que es preciso que yo me ponga en ridículo a mí mismo con una declaración pública?

ALCALDE.—Consideramos como indispensable que publiques una declaración en el sentido indicado.

STOCKMANN.—Bien. ¿Y si no… obedeciera?

ALCALDE.—Entonces, para tranquilizar al público, publicaremos nosotros una declaración.

STOCKMANN.—Está muy bien. Pero en ese caso yo me pronuncio en público contra vosotros. Seguiré fiel a mi convicción; probaré que yo tengo razón y vosotros no. En ese caso, ¿qué haréis?

ALCALDE.—Entonces no podré impedir que se te despida.

STOCKMANN.—¡Cómo!…

PETRA.—¡Padre! ¡Despedido!

JUANA.—¡Despedido!

ALCALDE.—Sí; como médico del balneario. Yo me sentiría obligado a pedirlo inmediatamente.

STOCKMANN.—¿Pero os atreveríais a eso?

ALCALDE.—Tú mismo nos obligas.

PETRA.—¡Tío, un comportamiento semejante con un hombre como mi padre es indigno!

JUANA.—¡Petra!

ALCALDE.—*(Mirando despreciativamente a Petra.)* ¡Oh, ya te permites expresar tu opinión! ¡Claro, es natural! *(A Juana.)* Cuñada, usted es probablemente la persona más razonable de la casa. Emplee usted todo su influjo para hacer comprender a su marido las consecuencias que puede traer su resistencia, así como para su familia…

STOCKMANN.—De mi familia no tiene que ocuparse nadie más que yo.

ALCALDE.—Así como para su familia, digo como para nuestra ciudad.

STOCKMANN.—Yo, solo yo quiero el bien de la ciudad. Quiero descubrir los vicios que tarde o temprano tendrían que salir a la luz. Ya se verá cuál de los dos es el que ama verdaderamente a su ciudad.

ALCALDE.—Tú, que en tu ciega terquedad quieres cegar su fuente de vida más importante…

STOCKMANN.—¡Pero, hombre, si esa fuente está envenenada! ¡Es que no estás en tu juicio! ¡Estamos comerciando con inmundicia! ¡Esa es nues-

tra fuente! Toda la prosperidad de nuestra vida social se alimenta de esa mentira.

ALCALDE.—Eso son figuraciones tuyas… u otra cosa peor. Quien arroja tales insinuaciones contra la propia ciudad que le vio nacer, tiene que ser un enemigo de la sociedad.

STOCKMANN.—*(Avanzando hacia él.)* ¡Y te atreves…!

JUANA.—*(Arrojándose entre los dos.)* ¡Otto!

PETRA.—*(Agarrándose al brazo de su padre.)* ¡Cálmate por Dios, padre!

ALCALDE.—No quiero exponerme a violencias. Ya estás advertido. Piensa en lo que te debes a ti mismo y a los tuyos. Seguid bien. *(Se va.)*

STOCKMANN.—*(Paseando por la habitación.)* ¡Y que tenga que tolerar que se me trate de ese modo! ¡En mi propia casa!

JUANA.—Sí, es una vergüenza.

PETRA.—¡Oh, quisiera…!

STOCKMANN.—Pero la culpa es mía. ¡Debí haberles enseñado hace tiempo los dientes, debía haber pegado firme!

JUANA.—Pero, Otto, piensa en que tu hermano es el que tiene el poder.

STOCKMANN.—¡Pero yo tengo el derecho!

JUANA.—Sí, sí; el derecho, el derecho. ¿De qué sirve el derecho sin poder?

STOCKMANN.—¿Cómo? ¿Es posible que en una sociedad libre el derecho no sea un poder?

JUANA.—Pero, Otto, piensa en lo que te espera si te despiden. Tu familia, tus hijos…

PETRA.—¡Madre, no pienses siempre en lo que será de nosotros!

STOCKMANN.—¿Es que voy a inclinarme cobardemente ante mi hermano y sus malditos partidarios y abandonar la causa de la verdad? ¡No tendría un momento dichoso en mi vida si lo hiciera!

JUANA.—Sí; pero que Dios nos libre de la felicidad que nos espera si sigues en tu negativa. Otra vez sin ingresos fijos, llenos de apuros. Me parece que eso ya lo hemos probado bastante en otro tiempo. No olvides eso. ¡Piensa en lo que arriesgas en el juego!

STOCKMANN.—*(Como en intensa lucha interior y apretando los puños.)* ¡Y que un burócrata semejante se atreva a amenazar de esa manera a un hombre libre y honrado! ¿No es terrible eso, Juana?

JUANA.—Sí; es una vergüenza portarse de ese modo contigo. ¡Pero hay que soportar tantas injusticias en este mundo!… ¡Aquí están los niños, Otto! ¡Míralos! ¿Qué va a ser de ellos? ¡Oh, no, no tendrás valor!…

(Walter y Federico han entrado entretanto con los cartapacios de la escuela.)

STOCKMANN.—¡Mis hijos! *(Se para de pronto como quien ha tomado una resolución firme.)* ¡No, no! Aunque se hundiese el mundo entero. ¡Jamás me humillaré ante un yugo tan vergonzoso! *(Se va a su despacho.)*

JUANA.—*(Siguiéndole.)* Otto, ¿qué vas a hacer?

STOCKMANN.—*(En la puerta.)* ¡Quiero tener derecho a mirar a mis hijos en la cara! *(Entra.)*

JUANA.—*(Llorando.)* ¡Oh, qué Dios nos proteja!

PETRA.—¡No llores, madre! ¡Papá hace lo que tiene que hacer!

(Los niños preguntan asombrados de qué se trata; Petra les hace signos de silencio.)

Acto tercero

Sala de redacción del Eco del Pueblo. En el fondo izquierda la puerta de entrada. En el mismo muro, a la derecha, una segunda puerta de cristales, a través de los que se ve la imprenta. En el muro derecha una tercera puerta. En el medio de la habitación una mesa grande llena de papeles, periódicos y libros. A la izquierda, en primer término una ventana, y en ella un pupitre alto. En la mesa dos butacas, y sillas a lo largo de las paredes. La habitación es sombría y poco amical; las sillas están sucias y las cubiertas de las mismas desgarradas. En la imprenta se ve a algunos cajistas trabajando; hacia el fondo hay una prensa de mano en movimiento. Haustad escribe en la mesa. Al poco tiempo entra Billing por la derecha con el manuscrito del doctor en la mano.

BILLING.—¡La verdad es que…!

HAUSTAD.—*(Escribiendo.)* ¿Lo ha leído usted?

BILLING.—*(Poniendo el manuscrito sobre el pupitre.)* Sí.

HAUSTAD.—¿Verdad que está un poco fuerte el doctor?

BILLING.—Cada frase es un martillazo…; está escrito con fuego destructor.

HAUSTAD.—Sí; pero gentes semejantes no caen al primer golpe.

BILLING.—¡Claro que no! Pero luego seguimos nosotros pegando hasta que se venga al suelo. Cuando estaba leyendo el manuscrito me parecía oír ya el rumor de la revolución.

HAUSTAD.—¡Chist! ¡Que no vaya a oír eso Thomsen!

BILLING.—*(Bajando la voz.)* Thomsen es un gallina, un cobarde. No tiene una sola chispa de valor. Pero esta vez impondrá usted su voluntad, ¿no?; porque el artículo del doctor se imprime, ¿no es eso?

HAUSTAD.—Con tal que el alcalde no se resigne voluntariamente…

BILLING.—Eso sería terrible.

HAUSTAD.—Pero afortunadamente podemos sacar partido de la situación, pase lo que pase. Si el alcalde no acepta la proposición del doctor, se le echan encima todos los pequeños burgueses, toda la Asociación de Propietarios. Y si la acepta, se pone enfrente de los grandes accionistas, que han sido hasta ahora su mejor apoyo…

BILLING.—Sí; porque esos tendrán que dar, de seguro, una sumita respetable…

HAUSTAD.—De eso puede usted estar seguro; y entonces está roto el círculo, y nosotros nos encargamos de probar al público día por día que el alcalde no sirve en absoluto para desempeñar su cometido, y que todos los cargos de confianza, la administración municipal entera, deben ponerse en manos del pueblo.

BILLING.—En realidad, la situación no puede ser mejor para nosotros; ya la veo, ya la veo. ¡Estamos en vísperas de una revolución local! *(Llaman.)*

HAUSTAD.—¡Chist! ¡Adentro! *(Entra Stockmann por la puerta de la izquierda del fondo. Yendo a recibirle.)* ¡Ah, es usted, señor doctor! ¿Qué hacemos?

STOCKMANN.—¡A la imprenta, a la imprenta enseguida!

BILLING.—¡Viva!

STOCKMANN.—¡A la imprenta digo! ¡Ahora habrá guerra en la ciudad, señor Billing!

BILLING.—¿Guerra? Pero espero que de veras, a vida o muerte, señor doctor.

STOCKMANN.—Este artículo no es más que el comienzo. Ya tengo en la cabeza la idea para otros cinco. ¿Dónde está metido Thomsen?

BILLING.—*(Llamando hacia la imprenta.)* ¡Thomsen! Un momento, tenga la bondad.

HAUSTAD.—¿Otros cinco artículos dice usted? ¿Sobre el mismo asunto?

STOCKMANN.—¡Líbreme Dios, querido! No; sobre cosas completamente distintas. Pero todo viene de la conducción de las aguas y de la cloaca. Lo uno trae necesariamente a lo otro por consecuencia. Es lo mismo que cuando una casa vieja comienza a desmoronarse.

BILLING.—Sí…, no se termina hasta que se ha derrumbado del todo la vieja barraca.

THOMSEN.—*(Saliendo de la imprenta.)* ¡Derrumbar! ¡El señor doctor no querrá derrumbar el balneario!

HAUSTAD.—No, hombre; no tenga usted miedo.

STOCKMANN.—No; nosotros vamos contra otras cosas completamente distintas. ¿Y qué dice usted de mi artículo, señor Haustad?

HAUSTAD.—Una verdadera obra maestra.

STOCKMANN.—¿Verdad que sí? Me alegro mucho.

HAUSTAD.—La exposición es tan clara, tan convincente…, no hay necesidad de ser especialista para comprender perfectamente toda la cosa. Todos los hombres de entendimiento se pondrán sin duda de su parte.

THOMSEN.—Es de esperar que también los moderados.

HAUSTAD.—Moderados y no moderados, la ciudad entera.

THOMSEN.—Entonces arriesguémonos a publicarlo.

HAUSTAD.—Mañana por la mañana aparecerá.

STOCKMANN.—Sí, no debe usted esperar ni un día más… Señor Thomsen, cuide usted de que no salgan erratas de imprenta. Todas las palabras son importantes. Yo volveré luego para dar un vistazo a las pruebas… No puedo decirles a ustedes lo impaciente que estoy por verlo impreso para echarlo a correr por el mundo…

BILLING.—¡Sí, que caiga como un rayo!

STOCKMANN.—Por el mundo entero, para someterlo al juicio de las personas imparciales. ¡Oh, no pueden ustedes darse idea de lo que hoy he tenido que tolerar! Se me ha amenazado; me querían quitar mis derechos de hombre más sagrados…

BILLING.—¿Cómo? ¡Sus derechos de hombre!

STOCKMANN.—Se me quería humillar, degradarme como a un guiñapo; se me exigía que me pronunciase contra mi convicción más íntima y más santa…

BILLING.—¡Eso es ya demasiado!

HAUSTAD.—¡Oh, de esas gentes hay que esperarlo todo!

STOCKMANN.—Pero conmigo se equivocaron; he de devolvérselo con creces. Ahora me pongo en el *Eco del Pueblo*, día tras día, y lanzo uno tras de otro artículos explosivos…

THOMSEN.—Sí; pero eso…

BILLING.—¡Viva! ¡Hay guerra! ¡Hay guerra!

STOCKMANN.—Los haré rodar por los suelos, los destrozaré, desharé ante el público de recto criterio todas sus fortalezas. ¡Todo eso haré yo!

THOMSEN.—Muy bien, señor doctor; pero con moderación.

STOCKMANN.—*(Continuando imperturbable.)* Pues ahora, amigos míos, ya no se trata solo de la conducción del agua y de la cloaca. No; hay que limpiar, hay que desinfectar la ciudad entera…

BILLING.—Desinfectar; esa es la palabra.

STOCKMANN.—¡Fuera con remiendos y chapucerías! Y eso en todas las esferas. Hoy se han abierto ante nosotros infinitos horizontes. Necesitamos gente fresca y joven que lleve nuestras banderas; nuevos jefes en todas las avanzadas…

BILLING.—¡Muy bien, muy bien!

STOCKMANN.—¡Y si todos marchamos unidos, marchará todo tan fácilmente, tan fácilmente!… Toda esta revolución saldrá como un barco del arsenal. ¿O no lo creen ustedes así?

HAUSTAD.—Yo, por mi parte, creo que ahora tenemos probabilidades de poner la administración municipal en manos de aquellos a quienes corresponde.

THOMSEN.—Y si procedemos con moderación, yo creo que no hay peligro alguno.

STOCKMANN.—¿Quién demonios se cuida de si hay peligro o no? Yo lo que hago lo hago en nombre de la verdad y porque mi conciencia me lo pide.

HAUSTAD.—Sí, doctor; usted es un hombre que merece apoyo decidido.

THOMSEN.—Eso es indudable; el doctor es el verdadero amigo de la ciudad.

BILLING.—El doctor Stockmann es un amigo puro del pueblo.

THOMSEN.—Espero que la Asociación de Propietarios hará pronto suyas esas palabras.

STOCKMANN.—*(Estrechándoles conmovido las manos.)* ¡Gracias, gracias, mis queridos fieles amigos!… ¡Cuánto bien me hacen semejantes palabras!… ¡Mi señor hermano me daba otro nombre muy distinto!… ¡Pero ya lo pagará con intereses!… Bien; ahora tengo que irme para visitar a un pobre diablo… Como he dicho, volveré luego. Y en mi manuscrito hágame el favor de no borrar ningún signo de admiración. Es preferible que añadan una docena todavía. Bien, bien. Hasta luego, pues. Adiós, adiós. *(Despedidas mutuas mientras los otros le acompañan hasta la puerta.)*

HAUSTAD.—Puede ser un colaborador impagable.

THOMSEN.—Sí, mientras se limite a la historia del balneario; pero si va más adelante no podemos apoyarlo sin más.

HAUSTAD.—¡Bah!; eso depende de…

BILLING.—Pero usted es un miedoso terrible…

THOMSEN.—¿Miedoso? Sí, cuando se trata de las autoridades locales, soy miedoso; en esa materia he aprendido algo en la escuela de la experiencia. Pero háblele usted de alta política; haga usted, si quiere, oposición al Gobierno, y ya verá usted si tengo miedo.

BILLING.—¡No, ya lo sé; entonces no! Pero en eso consiste precisamente la doble naturaleza de usted.

THOMSEN.—La cosa es muy sencilla. Yo soy un hombre de conciencia. Si uno ataca al Gobierno, no causa uno el menor daño; pues los hombres se preocupan muy poco de lo que digan los periódicos…, siguen donde estaban. Pero a las autoridades locales puede derribárselas, y entonces vienen a lo mejor al poder gentes ineptas, con daño incalculable de la Asociación de Propietarios y de otras personas. Por eso digo: en la política local, quietecitos.

HAUSTAD.—Pero la educación política del hombre sencillo por la autoadministración, ¿qué dice usted de eso?

THOMSEN.—Cuando se ha conseguido adquirir algo que vale la pena de conservar, no se puede pensar en todo, señor.

HAUSTAD.—Entonces, ojalá que yo no llegue a adquirir nunca nada.

BILLING.—¡Muy bien!

THOMSEN.—*(Sonriendo.)* ¡Hum! *(Señalando al pupitre.)* En la silla de redacción se sentaba antes de usted Steinhoff el síndico.

BILLING.—*(Escupiendo.)* ¡Uf! ¡Un tránsfuga semejante!

HAUSTAD.—Yo no soy una veleta, ni lo seré nunca.

THOMSEN.—Un político no debe jurar eso, señor Haustad. Y en cuanto a usted, señor Billing, según me han dicho, todavía en los últimos días ha arrojado usted la red, pues pretende usted un puesto de oficial en el Ayuntamiento.

BILLING.—¿Yo?

HAUSTAD.—¿Es verdad eso?

BILLING.—Bueno, sí. Pero ya pueden ustedes figurarse que yo no lo hago más que para molestar un poco a los señores.

THOMSEN.—Eso a mí no me importa. Pero cuando se me echa en cara cobardía e inconsecuencia, quisiera advertir solamente esto: el pasado político del impresor Thomsen está abierto a los ojos de todos. Yo no he cambiado más que en haberme hecho más moderado. Mi corazón pertenece

siempre al pueblo, solo que no niego que mi entendimiento se inclina un poco a las autoridades, es decir, a las locales. *(Se va a la imprenta.)*

BILLING.—¿No podríamos probar a deshacernos de él?

HAUSTAD.—¿Sabe usted de alguien que nos hiciera un adelanto para papel e impresión?

BILLING.—Es una desgracia que nos falte el capital necesario para el negocio.

HAUSTAD.—*(Sentándose en el pupitre.)* Sí; si lo tuviéramos, entonces…

BILLING.—¿Si nos dirigiéramos al doctor Stockmann…?

HAUSTAD.—¿Para qué? Si no tiene él mismo un céntimo.

BILLING.—Pero un hombre de su confianza, su suegro Niels Worse, el viejo topo, como él le llama…

HAUSTAD.—*(Escribiendo.)* ¿Sabe usted de seguro que ese tenga algo?

BILLING.—Sí; y una parte de su dinero tendrá sin duda que ir a parar a la familia de su hija. El doctor Stockmann tendrá que pensar entonces en darles con ello un dote a sus hijos.

HAUSTAD.—*(Volviéndose a medias.)* ¿Hace usted cuentas con eso?

BILLING.—Yo no hago cuentas, naturalmente, con nada.

HAUSTAD.—Eso le aconsejo a usted. Y con esa plaza en el Ayuntamiento no cuente usted demasiado, porque yo le aseguro que no la consigue usted.

BILLING.—¿Cree usted que no lo sé ya? Si incluso prefiero que no me la den. Un desaire semejante le aviva a uno el deseo de lucha…; se saca una nueva cantidad de bilis. Y eso no viene mal en un rincón del mundo como este, dejado de la mano de Dios, donde tan raras veces pasa algo excitante.

HAUSTAD.—*(Escribiendo.)* Sí, sí.

BILLING.—¡Hum! Han de oír pronto noticias mías. Bien; ahora voy a confeccionar la proclama para la Asociación de Propietarios. *(Sale por el cuarto de la derecha.)*

HAUSTAD.—*(En el pupitre; golpea con el palillero y dice lentamente.)* Bien, hombre, bien; esa es la vida. *(Llaman.)* ¡Adelante!

PETRA.—*(Entra por la puerta de la izquierda del fondo.)*

HAUSTAD.—*(Poniéndose en pie.)* ¡Ah! ¿Es usted, señorita Petra?

PETRA.—Perdone usted…

HAUSTAD.—*(Acercándole uno de los sillones.)* ¿No quiere usted sentarse?

PETRA.—No, gracias; me voy enseguida.

HAUSTAD.—Viene usted de parte de su padre, ¿verdad?

PETRA.—No; vengo por cuenta propia. *(Sacando un libro del bolsillo del abrigo.)* Aquí está la novela inglesa.

HAUSTAD.—¡Cómo!, ¿me la devuelve usted?

PETRA.—Sí; no puedo traducirla.

HAUSTAD.—Pero me lo prometió usted con tanta seguridad…

PETRA.—Porque no la había leído todavía. Y usted es de suponer que tampoco la haya leído.

HAUSTAD.—No, ya sabe usted que no entiendo inglés; sin embargo…

PETRA.—Bien. Precisamente quería decirle que debe usted buscar otra cosa. *(Dejando el libro sobre la mesa.)* La historia no sirve en absoluto para el *Eco del Pueblo*.

HAUSTAD.—¿Por qué no?

PETRA.—Porque está en completa contradicción con sus propias ideas.

HAUSTAD.—¡Oh! En cuanto a eso…

PETRA.—No me entiende usted. Se trata en ella de cómo una mano sobrenatural protege a los llamados hombres buenos aquí en la tierra hasta que al cabo todo se arregla del mejor modo posible, y de cómo todos los llamados hombres malos reciben su castigo.

HAUSTAD.—Pero eso es precioso. Esos son precisamente los platos que pide el público.

PETRA.—¿Y usted quiere servirle platos semejantes? Pero usted mismo no cree una palabra de todo eso. Usted sabe que en la realidad las cosas no pasan así.

HAUSTAD.—Tiene usted razón. Pero un periodista no puede siempre obrar como sería su gusto. En cosas de poca importancia tiene que adaptarse a los gustos de sus lectores. Lo esencial en la vida, por lo menos para un periódico, es la política, y si mi público ha de mantenerse fiel en la dirección de la libertad y del progreso, no debo alarmarlo. Si debajo de la raya, en el folletín del periódico, encuentra una historia moral por el estilo, recibirá con más confianza lo que se le da por encima de la raya…; se sentirá así como más seguro.

PETRA.—¡Uf! ¡Tenderles tales lazos a los lectores! No, tan traidor no puede usted ser. ¡Tender así un lazo!…

HAUSTAD.—*(Sonriendo.)* Gracias por la buena opinión que tiene usted de mí. No; en realidad, esta es la opinión de Billing y no la mía.

PETRA.—¡De Billing!

HAUSTAD.—Por lo menos, hablaba en ese sentido uno de estos días. Billing es quien tenía empeño en publicar la novela en el *Eco del Pueblo*; yo no la conozco.

PETRA.—¿Pero cómo es posible que Billing con sus opiniones radicales…?

HAUSTAD.—¡Oh! Billing tiene varias caras. Ahora he oído decir que pretende un puesto en el Ayuntamiento.

PETRA.—¡Eso no puedo creerlo! ¿Cómo puede Billing aceptar una cosa así?

HAUSTAD.—Eso pregúnteselo usted a él.

PETRA.—¡Nunca lo hubiera creído de Billing!

HAUSTAD.—*(Mirándola fijamente.)* ¿No? ¿De veras le parece a usted tan extraordinario?

PETRA.—Sí. O acaso… no. ¡Oh!; en realidad, yo misma no sé…

HAUSTAD.—*(Sonriendo.)* Nosotros, periodistas, señorita, no valemos gran cosa.

PETRA.—¿Cree usted eso de veras?

HAUSTAD.—Por lo menos, lo pienso a veces.

PETRA.—Sí, en la lucha pequeña diaria. Pero ahora que tiene usted que defender una cosa grande…

HAUSTAD.—¿Se refiere usted a lo de su padre?

PETRA.—Sí; me parece que hoy debe usted sentirse como una persona importante.

HAUSTAD.—Y sí que siento una cosa así.

PETRA.—¿Verdad? ¡Oh, es una profesión magnífica la de usted! Abrir el camino a verdades desconocidas y a nuevas ideas atrevidas…; solo el hecho de estar impávido en un puesto de viso y defender a un hombre injuriado…

HAUSTAD.—Mucho más si ese hombre injuriado… No sé cómo decirlo…

PETRA.—Si es un hombre honrado y valiente, quiere usted decir.

HAUSTAD.—*(Bajo.)* Mucho más si es su padre de usted, era lo que quería decir.

PETRA.—*(Sorprendida.)* ¡De modo que por eso…!

HAUSTAD.—Sí, Petra… Señorita Petra…

PETRA.—¿De modo que eso es lo que le impulsa a usted? ¿No la cosa misma? ¿No la verdad? ¿No el ímpetu ardiente de mi padre?

HAUSTAD.—¡Claro está!… ¡Naturalmente!… Eso también.

PETRA.—No; se le ha escapado a usted, y ya no tiene arreglo; ya no puedo creerle a usted.

HAUSTAD.—¿Puede usted tomarme tan a mal que ante todo por usted…?

PETRA.—Lo que le tomo a mal es que no haya sido sincero con mi padre. Oyéndole a usted hablar, parecía que la verdad y el bien de la ciudad

eran lo principal. Se ha burlado usted de mi padre y de mí; no es usted el hombre que aparentaba ser. Y eso no se lo perdonaré… nunca.

HAUSTAD.—Una cosa semejante no debe usted decirla en ese tono tan fuerte, señorita, y mucho menos ahora.

PETRA.—¿Por qué no?

HAUSTAD.—Porque su padre de usted no puede pasarse sin mi apoyo.

PETRA.—*(Midiéndole con la vista de arriba a abajo.)* ¡De modo que eso es usted! ¡Uf!

HAUSTAD.—No, no, no. Se me vino a los labios… Así…, en la excitación… ¡No pensará usted que yo sea capaz de tal cosa!

PETRA.—Sé lo que tengo que pensar. ¡Usted lo pase bien!

THOMSEN.—*(Entra de la imprenta rápidamente y con aire de misterio.)* Señor Haustad. *(Viendo a Petra.)* ¡Oh!

PETRA.—Ahí le queda a usted el libro; que lo traduzca otro. *(Se va hacia la salida.)*

HAUSTAD.—*(Siguiéndola.)* ¡Pero señorita!…

PETRA.—Usted lo pase bien. *(Se va.)*

THOMSEN.—¡Señor Haustad! *(Haustad no le oye. Más alto.)* ¡Señor Haustad!

HAUSTAD.—¿Qué ocurre? ¡Ah, es usted!

THOMSEN.—¡El alcalde está en la imprenta!

HAUSTAD.—¿El alcalde?

THOMSEN.—Sí; desea hablar con usted. Entró por la puerta trasera; no quiere que le vean.

HAUSTAD.—¿Qué es lo que quiere?… No, aguarde usted; voy yo mismo… *(Va hacia la puerta de la imprenta, la abre, saluda e invita al alcalde a entrar.)* Thomsen, encárguese usted de que nadie entre…

THOMSEN.—Entendido, entendido. *(Se va a la imprenta.)*

ALCALDE.—Sin duda que no esperaría usted verme aquí.

HAUSTAD.—No lo esperaba, no.

ALCALDE.—*(Mirando a su alrededor.)* Están ustedes bien instalados. Es muy agradable esto.

HAUSTAD.—¡Oh, eso!…; pero tenga usted la bondad… *(Le quita el sombrero y el abrigo y los pone sobre una silla.)* ¿Quiere usted hacer el favor de sentarse, señor alcalde?

ALCALDE.—*(Sentándose al lado de la mesa.)* Gracias. *(Haustad se sienta igualmente.)*

ALCALDE.—Señor Haustad, hoy he tenido un…, un disgusto grande.

HAUSTAD.—¿De veras? Sí, dados los muchos deberes de su cargo…

ALCALDE.—El disgusto de hoy proviene del médico del balneario.

HAUSTAD.—¿Conque sí? ¿Del doctor?

ALCALDE.—Ha escrito una especie de Memoria para la Administración del balneario sobre unos supuestos inconvenientes de nuestras aguas.

HAUSTAD.—¡Ah!

ALCALDE.—¿No le ha dicho a usted nada?… Me parece que me contó…

HAUSTAD.—¡Ah, sí!; ya recuerdo: dejó caer algunas palabras que…

THOMSEN.—*(Desde la imprenta.)* ¿Por dónde puede andar el manuscrito?

HAUSTAD.—*(Incomodado.)* Ahí, sobre el pupitre, lo tiene usted.

THOMSEN.—*(Que lo ha encontrado.)* Está bien.

ALCALDE.—¿Pero ese… es?

THOMSEN.—Sí; es el artículo del doctor, señor alcalde.

HAUSTAD.—¡Ah! ¿Se refería usted a eso?

ALCALDE.—El mismo. ¿Qué le parece a usted?

HAUSTAD.—Yo no entiendo gran cosa de eso… Además, solo lo he leído por encima…

ALCALDE.—Pero sin embargo lo va usted a publicar.

HAUSTAD.—A un hombre del prestigio del doctor no se le puede negar…

THOMSEN.—Yo no tengo nada que ver con la redacción del periódico, señor alcalde.

ALCALDE.—¡Naturalmente!

THOMSEN.—Tengo que imprimir lo que me dan.

ALCALDE.—¡Está perfectamente!

THOMSEN.—Y por esa razón… *(Yendo hacia la imprenta.)*

ALCALDE.—No; aguarde usted un momento. Con permiso de usted, señor Haustad.

HAUSTAD.—¡No faltaba más, señor alcalde!

ALCALDE.—Usted es un hombre moderado y sensato, señor Thomsen…

THOMSEN.—Que usted me tenga en esa estima es para mí un honor.

ALCALDE.—…Un hombre que tiene un gran influjo en una parte considerable de la población.

THOMSEN.—Pero principalmente entre las gentes humildes.

ALCALDE.—Los pequeños contribuyentes son entre nosotros, como en todas partes, los más numerosos.

THOMSEN.—Eso es verdad, señor alcalde.

ALCALDE.—Y yo no dudo de que usted conoce íntimamente la opinión de esos elementos de la población. ¿Verdad?

THOMSEN.—No puedo negarlo, señor alcalde.

ALCALDE.—Bien…; pues si entre los vecinos que están en peor posición reina un tal espíritu de sacrificio, en ese caso…

THOMSEN.—¿Qué quiere usted decir?

HAUSTAD.—¿Espíritu de sacrificio?

ALCALDE.—Ese es un signo admirable, una prueba de excelente espíritu ciudadano. La verdad es que apenas si lo hubiera esperado. Pero usted conoce mejor que yo la opinión del pueblo.

THOMSEN.—Pero señor alcalde…

ALCALDE.—Y ciertamente, el sacrificio que la ciudad tiene que hacer no es pequeño.

HAUSTAD.—¿La ciudad?

THOMSEN.—¡No entiendo lo que usted quiere decir! ¡Si de lo que se trata es del balneario!…

ALCALDE.—Según un cálculo provisional, las reformas que el doctor estima convenientes valdrán unos cientos de miles de coronas.

THOMSEN.—Es una suma de importancia; pero…

ALCALDE.—Naturalmente, tendremos que apelar a un empréstito municipal.

HAUSTAD.—*(Poniéndose en pie.)* ¿Cómo? ¿Es que la ciudad va a…?

THOMSEN.—¿Hay que pagarlo de la Caja de la ciudad? ¿Tiene que salir ese dinero de los bolsillos de los pequeños burgueses?

ALCALDE.—Querido Thomsen, ¿de dónde quería usted que saliese?

THOMSEN.—¡Eso es cosa de los señores accionistas!

ALCALDE.—Los accionistas no están en situación de hacer más sacrificios.

THOMSEN.—¿Es eso completamente seguro, señor alcalde?

ALCALDE.—Indudablemente. De manera que si queremos hacer una reforma grande, la ciudad tiene que cargar con los gastos.

THOMSEN.—Pero ¡demonio!… Perdone usted… ¡Pero en ese caso la cosa cambia completamente de aspecto, señor Haustad!

HAUSTAD.—Sí que es verdad.

ALCALDE.—Pero lo peor es que nos veremos obligados a cerrar el balneario durante un par de años.

HAUSTAD.—¿A cerrarlo? ¿A cerrarlo por completo?

THOMSEN.—¡Por un par de años!

ALCALDE.—Sí, ese tiempo por lo menos durarán los trabajos.

THOMSEN.—¡Pero oiga usted, señor alcalde! ¿Cómo vamos a sostenernos entretanto? ¿De qué vamos a vivir nosotros los caseros?

ALCALDE.—Esa pregunta, señor Thomsen, es desgraciadamente difícil de contestar. ¿Pero qué vamos a hacer? ¿Cree usted que tendríamos un solo bañista si se les dice que las aguas están envenenadas, que vivimos sobre un suelo infecto y que la ciudad entera…?

THOMSEN.—¿Y todo eso no son más que fantasías?

ALCALDE.—Con la mejor voluntad del mundo yo no he podido adquirir otra convicción.

THOMSEN.—Pero entonces es una imprudencia terrible del señor doctor Stockmann… Perdone usted, señor alcalde; es su hermano, pero…

ALCALDE.—No dice usted más que la verdad por desgracia, señor Thomsen. Mi hermano ha obrado imprudentemente toda su vida.

THOMSEN.—¿Y quiere usted apoyarle en una empresa semejante, señor Haustad?

HAUSTAD.—¡Pero quién hubiera podido adivinar que…!

ALCALDE.—Yo he escrito una carta-exposición del estado de las cosas, tal como aparecen miradas desde un punto de vista sensato. Y al mismo tiempo indico la manera de cómo podría remediarse alguna falta que pudiera haber de un modo que esté en proporción con la Caja del balneario.

HAUSTAD.—¿Tiene usted el escrito consigo, señor alcalde?

ALCALDE.—*(Buscando en el bolsillo.)* Sí; lo traje para el caso en que usted…

THOMSEN.—*(Violentamente.)* ¡Diablo, ahí está!

ALCALDE.—¿Quién? ¿Mi hermano?

HAUSTAD.—¿Dónde? ¿Dónde?

THOMSEN.—¡Viene por la imprenta!

ALCALDE.—¡Oh, es desagradable! No quisiera encontrarme aquí con él, y quisiera tratar con ustedes algunas cosas todavía.

HAUSTAD.—*(Mostrándole la puerta de la derecha.)* Tenga usted la bondad de aguardar allí un instante.

ALCALDE.—Pero…

HAUSTAD.—Dentro no hay nadie más que Billing.

THOMSEN.—¡Pronto, pronto, señor alcalde! ¡Que ya viene!

ALCALDE.—Bien, sea; pero procure usted despachar pronto. *(Sale por la puerta de la derecha, que Thomsen abre, y luego cierra tras sí.)*

HAUSTAD.—Póngase usted a hacer algo, Thomsen. *(Se sienta y escribe.)*

THOMSEN.—*(Se pone a rebuscar con gran ahínco en un montón de periódicos que están sobre una silla, a la derecha.)*

STOCKMANN.—*(Entrando en la imprenta.)* Bien; aquí me tienen ustedes otra vez. *(Posa el sombrero y el bastón.)*

HAUSTAD.—*(Escribiendo.)* ¿Ya, señor doctor? Apresúrese usted, Thomsen; nuestro tiempo es precioso hoy.

STOCKMANN.—*(A Thomsen.)* Ya me han dicho que aún no hay pruebas.

THOMSEN.—*(Sin volverse.)* Todavía no puede ser, señor doctor.

STOCKMANN.—Pero comprenderá usted mi impaciencia. No estaré tranquilo hasta que lo vea impreso.

HAUSTAD.—¡Oh, tardará todavía una hora larga! ¿No lo cree usted también, Thomsen?

THOMSEN.—Me temo que sí.

STOCKMANN.—Bien, bien, queridos amigos. Entonces volveré; vendré con gusto dos veces si es necesario. Una cosa como esta…, la salud de la ciudad entera…, no puede uno dormirse, no. *(Va a irse, pero se queda y se vuelve.)* ¡Ah, otra cosa!…

HAUSTAD.—Perdone usted; pero ¿no podríamos otra vez…?

STOCKMANN.—Está dicho en dos palabras. Quiero decir que…, bueno; cuando mañana las gentes lean mi artículo en el periódico y sepan que he estado trabajando en silencio todo el invierno por el bien de la ciudad…

HAUSTAD.—Sí; pero, señor doctor…

STOCKMANN.—Ya sé lo que quiere usted decir: piensa usted que lo que he hecho no ha sido más que cumplir con mi deber, con mi deber elemental de ciudadano. Sin duda; claro que sí…, lo sé tan bien como usted. Pero mis convecinos, ya sabe usted, señor, las buenas gentes tienen tan buen concepto de mí…

THOMSEN.—Sí, sus convecinos han tenido hasta hoy un gran concepto de usted, señor doctor.

STOCKMANN.—Perfectamente, y por eso es por lo que temo que…, en una palabra, que si mi artículo les aparece, sobre todo a las clases pobres, como una llamada que les invita a tomar para lo venidero en sus propias manos la dirección de los asuntos de la ciudad…

HAUSTAD.—*(Poniéndose en pie.)* ¡Hum! Señor doctor, no quiero ocultarle que…

STOCKMANN.—¡Ah! ¡Por algo me parecía a mí que se estaba preparando alguna cosa! Bien; pues de eso no quiero saber nada. Si se prepara algo por el estilo…

HAUSTAD.—¿Qué?

STOCKMANN.—Bueno; esto o lo otro… Una serenata… O un banquete… O una suscripción para algún regalo… O lo que sea… En ese caso, les ruego a ustedes me prometan solemnemente que procurarán impedirlo. Y usted también, señor Thomsen; oiga usted…

HAUSTAD.—Perdone usted, señor doctor. Vale más que le digamos ya desde ahora la verdad pura…

(Juana, con sombrero y abrigo puestos, entra por la puerta de la izquierda del fondo.)

JUANA.—*(Viendo al doctor.)* ¡Efectivamente!

HAUSTAD.—*(Yendo a su encuentro.)* ¡Oh, usted también…!

STOCKMANN.—¿Pero qué diablos vienes a hacer aquí, Juana?

JUANA.—Ya puedes figurártelo.

HAUSTAD.—¿No quiere usted tener la bondad de sentarse?

JUANA.—Gracias, no se moleste usted. Y no me tomará usted a mal que venga aquí a buscar a mi marido, pues soy madre de tres hijos.

STOCKMANN.—¿Crees haber dicho algo de nuevo con eso?

JUANA.—Parece realmente que no piensas demasiado en tu mujer y en tus hijos; pues si no, no te atreverías a hacernos así desgraciados a todos.

STOCKMANN.—¿Pero estás en tu juicio, Juana? Como si un hombre con mujer e hijos no pudiera decir la verdad…, no pudiera comportarse como un ciudadano útil, preocupado del bien de sus convecinos, no tuviera el derecho de prestar un servicio a la ciudad en que ha nacido.

JUANA.—Todo debe hacerse con moderación, Otto.

THOMSEN.—Eso mismo digo yo; siempre moderación.

JUANA.—Y por eso está mal que usted, señor Haustad, saque a mi marido de su casa para traerlo aquí y meterlo en esas cosas.

HAUSTAD.—Yo no traigo a nadie a meterlo en ninguna cosa, señora.

STOCKMANN.—¿Pero es que piensas que yo necesito que me traigan?

JUANA.—Sí, y así es. Ya sé que eres el hombre más inteligente de la ciudad, pero te dejas seducir con una facilidad extraordinaria. *(A Haustad.)* Y piense usted en que si publica esa Memoria pierde su puesto de médico del balneario…

THOMSEN.—¡Cómo!

HAUSTAD.—¡Oh, en ese caso, señor doctor…!

STOCKMANN.—*(Sonriendo.)* ¡Oh, que lo intenten! Pero ya se librarán. Porque has de saber que tengo la compacta mayoría detrás de mí.

JUANA.—Esa es precisamente la desgracia.

STOCKMANN.—Bueno; música, Juana… Vuélvete a casa a cuidar de los niños y abandóname a mí el cuidado de la humanidad enferma. ¿Cómo puedes estar así tan timorata viéndome tan satisfecho, tan seguro de la vic-

toria? *(Se frota las manos y se pasea arriba y abajo.)* La verdad y el pueblo vencerán, puedes estar segura de ello. ¡Oh, ya veo a los ciudadanos libres cómo se agrupan a mi alrededor como un ejército triunfante!… *(Se para ante una silla.)* ¿Cómo…, qué diablos es eso?

THOMSEN.—*(Mirando hacia allí.)* ¡Oh, señor!

HAUSTAD.—*(Igualmente.)* ¡Hum!…

STOCKMANN.—¡Pero aquí está la cima más elevada de nuestra autoridad municipal! *(Coge con los dedos cuidadosamente el sombrero del alcalde y le agita en el aire.)*

JUANA.—¡El sombrero del alcalde!

STOCKMANN.—Y aquí está también el bastón de mando. ¿Pero cómo han venido estas cosas?…

HAUSTAD.—Pues bien…

STOCKMANN.—¡Ah, ya entiendo! Estuvo aquí para intrigar con ustedes. ¡Ja, ja! ¡A buen sitio fue a dar! Y en cuanto me vio en la imprenta *(Prorrumpe en una carcajada.)* se dio a la fuga, señor Thomsen.

THOMSEN.—*(Rápidamente.)* Sí; se dio a la fuga, señor doctor.

STOCKMANN.—Se dio a la fuga y abandonó bastón y… ¿Por dónde diablos le han metido ustedes? ¡Ah! Allá dentro, naturalmente. Vas a ver ahora, Juana.

JUANA.—¡Otto, por Dios!

THOMSEN.—¡Pero, señor doctor, señor doctor…!

(Stockmann se ha puesto el sombrero del alcalde y ha cogido su bastón; luego se va a la puerta, la empuja y saluda llevándose la mano al sombrero. El alcalde entra rojo de cólera y siguiéndole inmediatamente Billing.)

ALCALDE.—¿Qué chiquilladas son estas?

STOCKMANN.—Respeto, Hans. Ahora soy la autoridad suprema de la ciudad. *(Pasea arriba y abajo.)*

JUANA.—*(Casi llorando.)* ¡Pero, Otto…!

ALCALDE.—*(Siguiéndole.)* ¡Dame mi bastón y mi sombrero!

STOCKMANN.—¿Crees que me vas a imponer en ese tono? Ayer me amenazaste con destituirme, pero hoy te destituyo yo a ti… Te despojo de todas tus prebendas. ¿Crees que no voy a poder? ¡Ya lo creo que sí! Tengo de mi parte un poder irresistible. Haustad y Billing tocarán a rebato en el *Eco* y Thomsen avanzará contra ti a la cabeza de su Asociación de Propietarios…

THOMSEN.—Me guardaré muy bien de hacerlo, señor doctor.

STOCKMANN.—¡Claro que lo hará usted!

ALCALDE.—¡Ah! ¿De modo que el señor director del *Eco del Pueblo* toma parte en esa agitación?

HAUSTAD.—¡No, señor alcalde; no!

THOMSEN.—¡Oh, no! El señor Haustad no está tan loco que por una fantasía vaya a querer arruinar el periódico y la ciudad.

STOCKMANN.—*(Mirándolos alternativamente.)* ¿Qué significa esto?

HAUSTAD.—Usted nos había presentado la cosa en un aspecto falso; por eso no puedo apoyarle.

BILLING.—No; tras de las aclaraciones que el señor alcalde acaba de hacerme…

STOCKMANN.—¡En un aspecto falso! ¡Haga usted el favor! No pido más que la publicación de mi Memoria; ya me encargaré luego de defenderla.

HAUSTAD.—No la publicaré. No puedo hacerlo, ni me está permitido.

STOCKMANN.—¿Que no le está permitido? ¿Qué es eso? Usted es el director, y se me figura que son los directores quienes dirigen los periódicos.

THOMSEN.—No, señor doctor; los suscriptores son los que dirigen.

ALCALDE.—Por fortuna.

THOMSEN.—La opinión pública, el público ilustrado, la Asociación de Propietarios y todos los demás…, esos son los que dirigen un periódico.

STOCKMANN.—*(Concentrado.)* ¿Y todos esos poderes están en contra mía?

THOMSEN.—Sí; la impresión de su Memoria sería la ruina de la ciudad.

STOCKMANN.—¡Conque sí!… *(Pausa corta.)*

ALCALDE.—¡Mi sombrero y mi bastón! *(Stockmann se quita el sombrero y lo pone sobre la mesa juntamente con el bastón.)*

ALCALDE.—*(Coge ambas cosas.)* Tu cargo de alcalde terminó pronto.

STOCKMANN.—No hemos terminado todavía. *(A Haustad.)* ¿De manera que es completamente imposible que el *Eco del Pueblo* publique mi artículo?

HAUSTAD.—Completamente imposible; hasta por consideración a su familia de usted…

JUANA.—¡Haga usted el favor de no ocuparse de la familia, señor Haustad!

ALCALDE.—*(Sacando un manuscrito del bolsillo.)* Para orientación del público, bastará con que publiquen ustedes esto; es una declaración auténtica. Tenga usted la bondad.

HAUSTAD.—*(Cogiendo el manuscrito.)* Perfectamente; se publicará enseguida.

STOCKMANN.—¡Y mi artículo no!… ¿Crees que podréis cerrar la boca a mí y a la verdad? Pues os aseguro que no es tan fácil como se os figura. Señor Thomsen, ¿quiere usted imprimir el manuscrito como hoja suelta, por mi cuenta, bajo mi responsabilidad? Cuatrocientos ejemplares; no; quinientos, seiscientos.

THOMSEN.—Aunque me ofreciese usted lo que fuese…, no se prestará a eso mi establecimiento. No puedo hacerlo…, por respetos a la opinión pública. Y no encontrará usted tampoco en la ciudad quien le imprima esa Memoria.

STOCKMANN.—Entonces, démela usted.

HAUSTAD.—*(Entregándole el manuscrito.)* Aquí está.

STOCKMANN.—*(Cogiendo el sombrero y el bastón.)* Pero al público ha de llegar, a pesar de todo. La leeré en *meeting*. Todos los convecinos habrán de oír la voz de la verdad.

ALCALDE.—No habrá Sociedad alguna en la ciudad que te ceda el local para ese fin.

THOMSEN.—¡Ninguna, se lo aseguro a usted!

ALCALDE.—¡Ni ningún particular!

JUANA.—¡Pero eso es indignante! ¿Puedes decirme por qué están todos contra ti de ese modo, Otto?

STOCKMANN.—*(Con calor.)* Sí, Juana, voy a decírtelo. Porque son unos cobardes…, como tú, exactamente. ¡Porque solo piensan en sí y en sus familias y no en la comunidad!

JUANA.—*(Agarrando su brazo.)* ¡Entonces quiero probarles que una… cobarde mujer puede también tener una vez valor masculino! ¡Desde ahora estoy a tu lado, Otto!

STOCKMANN.—¡Bravo, Juana; bravo! ¡Y a vosotros, os lo juro, la verdad llegará al público! Si no encuentro un local donde hablar al pueblo, me haré con un tambor, recorreré la ciudad con él y leeré mi artículo en todas las esquinas.

ALCALDE.—¡No, no es posible que lleves tu locura hasta ese extremo!

STOCKMANN.—¡Pues sí que la llevaré!

THOMSEN.—No irá con usted absolutamente nadie.

BILLING.—¡Ni una alma!

JUANA.—¡Mantente firme, Otto! ¡Irán contigo tus hijos!

STOCKMANN.—¡Es una idea magnífica!

JUANA.—¡Walter y Federico! ¡Cómo se regocijarán de ir contigo!

STOCKMANN.—¡Muy bien, y Petra también! ¿Y tú, Juana?

JUANA.—*(Sonriendo.)* No, yo no; ¡pero saldré a la ventana para verte!

STOCKMANN.—*(Pasando un brazo por su cintura y besándola.)* ¡Gracias, mujer mía, admirable!… ¡Y ahora preparaos para la lucha, valientes! ¡Quiero ver si cobardía y vileza tienen poder bastante para hacer callar a un hombre honrado y libre! *(Sale con su mujer por la puerta de la izquierda del fondo.)*

ALCALDE.—*(Moviendo preocupado la cabeza.)* ¡Bien; ahora le ha contagiado a ella la locura!

Acto cuarto

Una gran sala en casa del capitán Holster. En el fondo una puerta abierta que da a una antesala. En el muro izquierda tres ventanas; en el centro del muro derecha hay una plataforma, y sobre ella una mesa pequeña con dos lámparas, una botella de agua, un vaso y una campanilla. La sala está iluminada con lámparas colocadas entre las ventanas. En primer término izquierda una mesa con una luz; al lado una silla; en primer término derecha una puerta y a los lados dos sillas. Una gran reunión; vecinos de todas las clases sociales; se ve algunas mujeres y algunos muchachos; por la puerta del fondo entran gentes sin cesar, de manera que la sala se llena.

PRIMER VECINO.—*(A uno que está a su lado.)* ¿Tú también aquí, Allsted?

SEGUNDO VECINO.—Yo no falto a ninguna reunión.

TERCER VECINO.—¿Pero usted ha traído un pito consigo?

CUARTO VECINO.—¡Naturalmente!; ¿usted no?

TERCER VECINO.—¡Claro! Mírelo usted. Y el carpintero Eversen ha prometido traer hasta un cuerno.

SEGUNDO VECINO.—Va a ser la mar de divertido.

LOS DEMÁS.—¡La gran broma! *(Ríen todos.)*

QUINTO VECINO.—*(Entrando.)* Bueno, decidme, ¿qué pasa aquí?

SEGUNDO VECINO.—¿No sabes que el doctor Stockmann quiere dar una conferencia contra el alcalde?

QUINTO VECINO.—¡Pero el alcalde es su hermano!

SEGUNDO VECINO.—Lo mismo da; eso no le importa al doctor.

TERCER VECINO.—Pero no tiene razón; lo he leído yo mismo en el *Eco del Pueblo*.

SEGUNDO VECINO.—Sí, esta vez no debe tener razón, cuando ni la Asociación de Propietarios ni el Casino quieren cederle el local.

PRIMER VECINO.—Ni siquiera la sala del balneario quisieron dejarle.

SEGUNDO VECINO.—Entonces debe de andar muy mal su causa.

UN ARTESANO.—*(En otro grupo.)* Bueno, diga usted, ¿con quién hay que estar en estas cosas?

SEGUNDO ARTESANO.—*(En el mismo grupo.)* Usted diríjase por el impresor Thomsen y haga lo que él…; lo mismo hago yo.

BILLING.—*(Penetra con una cartera debajo del brazo por entre la multitud.)* Ustedes perdonen, señores. ¿Quieren ustedes dejarme pasar? Soy redactor del *Eco del Pueblo*. ¡Gracias, gracias! *(Se sienta en la mesa de la izquierda.)*

PRIMER OBRERO.—¿Quién era ese?

SEGUNDO OBRERO.—¿No le conoces? Es Billing, el del periódico de Thomsen.

(Holster conduce a la señora Stockmann y a Petra por la puerta de la derecha en primer término; Walter y Federico les siguen.)

HOLSTER.—Me parece que aquí estarán ustedes bien. Si la cosa se pusiese tormentosa, podríamos escapar con facilidad.

JUANA.—¿Teme usted que puede haber ruido?

HOLSTER.—No se puede saber nada…, entre tantos hombres. Pero siéntense ustedes.

JUANA.—¡Qué admirable de parte de usted el haberle ofrecido a mi marido esta sala!

HOLSTER.—Puesto que nadie quería…, por eso…

PETRA.—*(Que se ha sentado igualmente.)* ¡Y eso pedía también valor, señor capitán!

HOLSTER.—¡Valor! ¡No llame usted a eso valor!

(Haustad y Thomsen llegan al mismo tiempo, pero cada uno por su lado, y avanzan por entre la multitud hacia adelante.)

THOMSEN.—*(Dirigiéndose a Holster.)* ¿No está aquí el doctor todavía?

HOLSTER.—Espera ahí al lado.

(Movimiento hacia la puerta del fondo.)

HAUSTAD.—*(A Billing.)* Ahí está el alcalde; mire usted.

BILLING.—Sí, es verdad.

(El alcalde se abre con trabajo camino por entre la multitud y se coloca en el muro de la izquierda. Al poco tiempo aparece el doctor Stockmann por la puerta de la derecha del primer término; va vestido de negro, con levita y corbata blanca. Aquí y allá suenan algunos aplausos tímidos, que son acallados inmediatamente. Silencio completo.)

STOCKMANN.—*(A media voz.)* ¿Qué tal, Juana; cómo andamos de valor?

JUANA.—*(Sonriendo.)* ¿Yo? Muy bien. *(Más bajo.)* Pero, ¡por Dios, Otto, no seas muy violento!

STOCKMANN.—¡Oh, no tengas cuidado; sé dominarme! *(Mira al reloj, sube a la plataforma y saluda.)* Pasa un cuarto de la hora señalada; por tanto, voy a empezar. *(Saca el manuscrito.)*

THOMSEN.—Propongo que se nombre primero un presidente.

STOCKMANN.—¿Para qué? No hay ninguna necesidad de él.

ALGUNOS SEÑORES.—¡Sí, sí!

ALCALDE.—Yo también opino que hay que elegir un presidente.

STOCKMANN.—Pero, Hans, ¡si he invitado yo solo a la concurrencia!

ALCALDE.—La conferencia del médico del balneario puede dar lugar a las opiniones más encontradas.

VARIAS VOCES.—¡Un presidente, un presidente!

HAUSTAD.—La voluntad general de los ciudadanos pide un presidente.

STOCKMANN.—*(Dominándose.)* Bien; que se haga la voluntad de los ciudadanos.

THOMSEN.—¿No querría el señor alcalde tomar la presidencia?

TRES SEÑORES.—*(Aplaudiendo.)* ¡Bravo, bravo!

ALCALDE.—Por distintas razones, fácilmente comprensibles, tengo que declinar ese honor. Pero, afortunadamente, está entre nosotros un hombre con quien todos estaríamos conformes. Hablo del presidente de la Asociación de Propietarios, señor impresor Thomsen.

MUCHAS VOCES.—¡Sí, sí, Thomsen!

(Stockmann guarda su manuscrito y baja de la plataforma.)

THOMSEN.—Si la confianza de mis conciudadanos me llama, no puedo negarme.

(Aplausos y gritos de aprobación. Thomsen sube a la plataforma.)

BILLING.—*(Escribiendo.)* El impresor señor Thomsen elegido presidente por aclamación.

THOMSEN.—Al ocupar este puesto quisiera permitirme deciros un par de palabras… Yo soy un ciudadano tranquilo y amante de la paz, que se atiene a una prudente moderación…, a una moderada prudencia; esto lo saben todos los que me conocen.

MUCHAS VOCES.—¡Es verdad, Thomsen; es verdad!

THOMSEN.—Yo he aprendido en la escuela de la experiencia y de la vida que ninguna virtud le sienta mejor al ciudadano que la moderación.

ALCALDE.—¡Muy bien!

THOMSEN.—Y que moderación y prudencia son los dos elementos que mejor hacen prosperar las sociedades. Por eso quisiera pedir al estimado conciudadano que ha convocado esta reunión, que se mantuviera dentro de los límites de la moderación.

UN HOMBRE.—*(En la puerta del fondo.)* ¡Viva la Sociedad de Templanza!

UNA VOZ.—¡Fuera!

MUCHAS VOCES.—¡Chist! ¡Silencio!

THOMSEN.—¡No interrumpir, señores!… ¿Quién quiere hablar?

ALCALDE.—Pido la palabra.

THOMSEN.—El alcalde, señor Stockmann, tiene la palabra.

ALCALDE.—En consideración a los estrechos lazos de parentesco que, como sabéis, me unen con el médico del balneario, hubiera preferido no hablar en la reunión de esta noche. Pero mi posición con respecto al balneario y la consideración decisiva de los intereses de la ciudad, me fuerzan a presentar una proposición. Creo poder suponer de antemano que ni uno solo de los ciudadanos aquí presentes estima necesario que se propaguen aún más afirmaciones exageradas y sin fundamento sobre las condiciones sanitarias del balneario y de la población.

MUCHAS VOCES.—¡No, no, no! ¡Nosotros protestamos!

ALCALDE.—Por tanto, propongo que se tome el siguiente acuerdo: La Asamblea no permite al doctor Stockmann la exposición del asunto ni por escrito ni de palabra.

STOCKMANN.—*(Saltando.)* ¡No permite!… ¿Cómo?

JUANA.—*(Tosiendo.)* ¡Ejem, ejem!

STOCKMANN.—*(Conteniéndose.)* Bien. ¿De modo que no lo permitís?

ALCALDE.—En el artículo que he publicado en el *Eco del Pueblo* se dan al público todos los datos esenciales; de modo que todos los vecinos bienintencionados han podido fácilmente formar juicio. De ese artículo se deduce que el proyecto del médico del balneario (prescindiendo de un voto de censura contra las personas directoras de la localidad), en el fondo viene a parar en cargar sobre los contribuyentes un recargo innecesario, por lo menos de cien mil coronas.

THOMSEN.—*(Tocando la campanilla.)* ¡Tranquilidad, señores! Yo estoy en un todo de acuerdo con la proposición del señor alcalde. Además, entien-

do que la agitación del doctor Stockmann tiene una segunda intención. Habla del balneario; pero lo que quiere es la revolución local; quiere poner la administración municipal en otras manos. Nadie duda de la honorabilidad del señor doctor; en ese punto reina entre los presentes una sola opinión. Yo también soy amigo de la autonomía administrativa; pero la cosa no debe salirles demasiado caro a los contribuyentes. Y esto sería lo que vendría a pasar; y por eso me opongo con la mayor decisión esta vez al doctor Stockmann. ¡Hasta el oro se puede pagar demasiado caro! ¡Esa es mi opinión! *(Viva aprobación general.)*

HAUSTAD.—Pido la palabra.

THOMSEN.—El señor Haustad tiene la palabra.

HAUSTAD.—También yo me considero obligado a explicar mi punto de vista. La agitación del doctor Stockmann parecía al principio ganar la adhesión por distintos lados, y así le apoyé lo más imparcialmente posible; pero luego nos dimos cuenta de que nos habíamos dejado engañar por una falsa exposición de los hechos.

STOCKMANN.—¡Falsa!

HAUSTAD.—*(Rápidamente.)* Bien; digamos por una exposición poco digna de crédito. Esto lo ha demostrado claramente el artículo del señor alcalde; yo espero que ninguno de los aquí presentes dudará de la pureza de mis convicciones liberales; para atestiguarla no necesita más que apelar a la actitud del *Eco del Pueblo* en las grandes cuestiones políticas; solo que de hombres experimentados y prudentes he aprendido que en los asuntos puramente locales debe procederse con una cierta cautela.

THOMSEN.—Estoy completamente de acuerdo con el orador. Ahora bien: en el asunto de que aquí se trata no cabe duda de que el doctor Stockmann tiene contra sí a la voluntad general, a la opinión pública. ¿Y cuál es, señores, el primero y principal deber de un periodista? ¿No consiste en obrar de consuno con sus lectores? ¿No ha recibido en cierto modo un mandato tácito, que le obliga a trabajar sin tregua ni descanso por el bienestar de sus correligionarios? ¿O es que estaría yo equivocado en mi opinión?

MUCHAS VOCES.—¡No, no, no! Tiene mucha razón.

HAUSTAD.—He tenido que luchar mucho para decidirme a romper con un hombre a cuya casa iba con mucha frecuencia en los últimos tiempos…,

con un hombre que hasta hoy gozaba de las simpatías unánimes de sus convecinos, con un hombre cuya única falta, o mejor, cuya principal falta consiste en que se deja guiar más por su corazón que por su cabeza.

ALGUNAS VOCES SUELTAS.—¡Eso es verdad! ¡Bravo, doctor; bravo!

HAUSTAD.—Sin embargo, mis deberes para con la generalidad me exigen que rompa con él… Y además me impulsa otro motivo a combatirle, a detenerle lo posible en el camino fatal que ha emprendido… El respeto a su familia…

STOCKMANN.—¡No se salga usted de la conducción de las aguas y de la cloaca!

HAUSTAD.—La consideración a su esposa y a sus hijos abandonados…

WALTER.—¿Somos nosotros esos, mamá?

JUANA.—¡Calla, niño!

THOMSEN.—Si nadie más pide la palabra, pondré a votación la proposición del señor alcalde.

STOCKMANN.—No es necesario. Esta noche no pienso hablar para nada de toda esa inmundicia de las aguas; vais a oírme sobre otras cosas completamente distintas.

ALCALDE.—*(A media voz.)* ¿Qué se le habrá ocurrido?

UN BORRACHO.—*(En la puerta de entrada.)* Yo soy también un vecino que paga su contribución, y por lo tanto tengo derecho de voz y voto aquí…, y soy de la opinión firme, a no ser que esté equivocado, que…

VARIAS VOCES.—¡Silencio por ahí atrás!

OTRAS VOCES.—¡Está borracho! ¡Fuera! *(Se expulsa al borracho.)*

STOCKMANN.—Pido la palabra.

THOMSEN.—*(Agitando la campanilla.)* El doctor Stockmann tiene la palabra.

STOCKMANN.—Hace unos instantes no hubiera osado nadie intentar hacerme callar de este modo. Hubiera defendido como un león mis más sagrados derechos de hombre. Pero ahora me es indiferente esta violencia, pues tengo que hablar sobre cosas más importantes. *(La multitud se agolpa*

a su alrededor; se ve a Niels Worse entre los que están más cerca.) En estos días he cavilado y pensado sobre muchas cosas… Tantas, que al cabo mi cabeza parecía un molino…

ALCALDE.—*(Tosiendo.)* ¡Ejem, ejem!

STOCKMANN.—Pero más tarde comencé a verlo claro todo. Y entonces comprendí cómo estaban eslabonadas las cosas, y por eso estoy aquí esta noche. Voy a revelaros, conciudadanos míos, grandes cosas. Quiero comunicaros un descubrimiento de mucha mayor importancia que la pequeñez de que nuestras aguas están envenenadas y de que nuestro balneario está sobre un suelo pestilente.

MUCHAS VOCES.—*(A gritos.)* ¡Que no hable de las aguas! ¡No queremos oír nada de eso! ¡Las aguas están fuera de discusión!

STOCKMANN.—Decía que iba a hablar del gran descubrimiento que hice en los últimos días…, el descubrimiento de que todas nuestras fuentes de vida espiritual están envenenadas, de que toda nuestra existencia ciudadana descansa sobre el suelo pestilente de la mentira.

VOCES ASOMBRADAS.—¿Qué dice ese hombre?

ALCALDE.—¡Una injuria semejante!…

THOMSEN.—*(Con la mano en la campanilla.)* Pido al orador que se modere.

STOCKMANN.—Yo quiero a mi pueblo tanto como pueda querer al suyo un hombre que haya pasado en él una niñez dichosa. Era yo bastante joven cuando abandoné nuestra ciudad, y el alejamiento, la nostalgia y los recuerdos de la juventud iban esparciendo un resplandor de gloria sobre el lugar y sobre sus moradores. *(Aquí y allá algunos aplausos y gritos de bravo.)* Luego me vi muchos años sepultado en un terrible desierto allá arriba en el norte. Cada vez que veía uno de los hombres de los que allí entre peñas y barrancos pasan su vida miserable, me parecía en ocasiones que hubiese sido mejor para aquellas criaturas degeneradas y lastimosas que se hubiese establecido allí un veterinario en lugar de un médico. *(Murmullos.)*

BILLING.—*(Soltando la pluma.)* ¡Señor! ¿Se ha oído alguna vez una cosa semejante?

HAUSTAD.—Eso es burlarse de una población respetable.

STOCKMANN.—Guarden ustedes todavía un poco su indignación… Espero que nadie dirá de mí que me olvidé allá arriba de mi ciudad. Sin cesar pensaba yo en hacer algo por mi pueblo; por último había dado con ello: era el plan del balneario… *(Aplausos y protestas.)* Y cuando el destino dispuso que yo pudiera al cabo volver…, sí, queridos conciudadanos, entonces me parecía como si ya apenas me quedara qué desear en la tierra. Trabajar con entusiasmo ardiente e incansable por el bien de la generalidad, y especialmente por el de mi ciudad natal, ese era mi más vivo deseo.

ALCALDE.—El procedimiento es un poco raro.

STOCKMANN.—Y por eso vivía yo aquí en una fascinación. Hasta que ayer por la noche, no, propiamente fue anteayer por la noche… De pronto se abrieron mis ojos espirituales… tanto…, tanto…, y lo primero que vi fue la idiotez extraordinaria de las autoridades… *(Escándalo, gritos y risas. Juana tose violentamente.)*

ALCALDE.—¡Señor presidente!

THOMSEN.—En virtud de mis atribuciones presidenciales…

STOCKMANN.—Es indigno de usted, señor Thomsen, agarrarse así a una palabra. Yo quería decir: entonces descubrí la extraordinaria insensatez que habían cometido nuestros hombres directores en la construcción del balneario. A los hombres directores no he podido soportarlos nunca; he tenido en mi vida ocasiones bastantes de conocer a esta casta; son como cabras en un árbol joven: lo destrozan todo; dondequiera que atisban un hombre libre se cruzan en su camino, y lo mejor sería que pudiésemos exterminarlos como a insectos dañinos… *(Sensación.)*

ALCALDE.—¡Señor presidente! Semejantes expresiones…

THOMSEN.—*(Con la mano en la campanilla.)* ¡Señor doctor!…

STOCKMANN.—Yo no comprendo cómo mi vista no se había aguzado antes para tales gentes, pues aquí en la ciudad he tenido ante los ojos día por día un magnífico ejemplar: mi hermano Hans, obstinado en sus prejuicios y… *(Risas, escándalo, gritos; la señora Stockmann tose; Thomsen agita violentamente la campanilla.)*

EL BORRACHO.—*(Que ha vuelto a entrar.)* ¿Va eso conmigo? Sí, yo me llamo Hans…

VOCES COLÉRICAS.—¡Fuera con el borracho! ¡Fuera! *(Se le expulsa de nuevo.)*

ALCALDE.—¿Qué era el hombre ese?

UNA VOZ ATRÁS.—No es de aquí.

THOMSEN.—Continúe usted, señor doctor; pero guarde usted de una vez moderación.

STOCKMANN.—Bien, mis queridos convecinos: no quiero hablar más sobre nuestros hombres directores. Si alguien, de lo que yo acabo de decir, quisiera deducir que yo quería atacar aquí esta noche a esos señores, se equivocaría…, se equivocaría fuertemente. Pues yo tengo la creencia consoladora de que esos rezagados, esas ruinas de un mundo moribundo se bastarán para darse a sí mismos las honras fúnebres; no necesitan de ningún auxilio médico para apresurarse la muerte. Y, además, no es esta especie la que constituye el mayor peligro para la sociedad. No es ella la que envenena nuestras fuentes espirituales ni la que infecta el suelo sobre que vivimos; de ningún modo son esta gente los enemigos más temibles de la libertad y la verdad.

VOCES DE TODAS PARTES.—¿Entonces quién? ¡Nombres!

STOCKMANN.—¡Oh, podéis estar seguros de que he de citar nombres! Pues precisamente en eso consiste el gran descubrimiento que yo he hecho ayer. *(Levantando la voz.)* El mayor enemigo de la libertad y de la verdad es la compacta mayoría; esa maldita compacta mayoría liberal, ese es nuestro mayor enemigo. ¡Ahora ya lo sabéis! *(Gran escándalo. La mayoría grita, patea y silba. Algunos viejos cambian entre sí miradas de inteligencia y parecen divertirse. La señora Stockmann parece llena de miedo. Federico y Walter se dirigen amenazadores hacia los muchachos de la escuela que alborotan. Thomsen agita la campanilla y reclama orden. Se ve a Haustad y Billing hablar animadamente entre sí. Por último, se produce de nuevo la calma.)*

THOMSEN.—La presidencia espera del orador que retire sus imprudentes palabras.

STOCKMANN.—¡Nunca, señor Thomsen! Pues ¿quién sino la mayoría es la que me roba mi libertad y la que quiere impedirme decir la verdad?

HAUSTAD.—¡La mayoría tiene siempre el derecho de su parte!

BILLING.—¡Sí, y también la verdad!

STOCKMANN.—Y yo os digo que la mayoría no tiene nunca el derecho de su parte. Esa es una de las mentiras convencionales corrientes, contra las que tiene que declararse todo hombre pensador y libre. ¿Quién forma la mayoría de los habitantes de un país, los avisados o los tontos? Yo creo que todos estaréis conformes en que los tontos dominan en enorme mayoría por toda la inmensidad de la tierra. Pero no puede ser de ningún modo lo justo que los tontos dominen a los inteligentes. *(Escándalo y protestas.)* Sí, sí; podéis acallarme a gritos, pero no contestarme. La mayoría tiene el poder… desgraciadamente…, pero no tiene el derecho. El derecho lo tengo yo y algunos otros, individualidades. El derecho lo tiene siempre la minoría.

HAUSTAD.—¡Ajá! El doctor Stockmann se ha vuelto aristócrata desde anteayer.

STOCKMANN.—He dicho ya que no pienso perder ni una sola palabra en ocuparme de esa casta de gente mezquina y limitada que ha quedado detrás de nosotros. Con ella ya no tiene nada que ver la vida verdadera. En quien yo pienso es en los pocos, los únicos de entre nosotros que se han apropiado todas las nuevas verdades en embrión. Estos hombres están en cierto modo fuera de las avanzadas, las cuales están tan lejos que la compacta mayoría no ha podido aún llegar hasta ellas, y allí luchan por verdades que son aún demasiado jóvenes en la conciencia del mundo para haber adquirido ya una mayoría.

HAUSTAD.—Vamos, ya que no aristócrata, el doctor se ha hecho revolucionario.

STOCKMANN.—Sí, señor Haustad, sí; ¡eso sí lo soy! Pues pienso emprender la lucha contra la mentira de que la mayoría esté en posesión de la verdad. ¿Qué casta de verdades son aquellas a cuyo alrededor acostumbra a agruparse la mayoría? Son siempre verdades que han llegado ya a una edad tan provecta que están casi agotadas; pero el haberse vuelto tan vieja una verdad, significa que está en el camino más a propósito para convertirse en una mentira. *(Risas e interrupciones irónicas.)* Sí, sí; podéis creerme o no, pero las verdades no son Matusalenes como los hombres se figuran. Una verdad normalmente construida vive…, bueno, digamos quince, diez y seis,

a lo sumo veinte años; muy raramente más. Pero estas, anticuadas, son terriblemente secas e infecundas. Y sin embargo, solo entonces las mayorías las comprende y las recomienda a la Humanidad como alimento espiritual. Pero yo os lo aseguro: no hay mucha sustancia nutritiva en semejantes alimentos, y de eso he de saber algo como médico. Todas esas verdades de la mayoría son como tocino rancio, como jamón averiado, y de ellas viene el escorbuto moral que reina sobre toda la sociedad.

THOMSEN.—Me parece que el orador se aparta por completo del tema.

ALCALDE.—Comparto en un todo la opinión de nuestro presidente.

STOCKMANN.—Pues entonces compartes una opinión absolutamente tonta, Hans. Yo me ciño todo lo posible al asunto; ¿de qué otra cosa hablo yo sino de que la masa, la mayoría, la maldita compacta mayoría, es la que envenena nuestras fuentes de vida espiritual e infecta el suelo sobre que vivimos?

HAUSTAD.—Y eso lo hace la mayoría grande y liberal del pueblo porque es bastante prudente para no aceptar más que las verdades reconocidas y seguras.

STOCKMANN.—¡Oh, querido señor Haustad! ¡No hable usted de verdades seguras! Las verdades que la masa reconoce son las verdades por las que se luchaba en tiempos de nuestros abuelos. Nosotros, las avanzadas de la lucha actual, la verdad ya no la reconocemos, y yo creo que la única verdad segura es la de que ningún pueblo puede vivir de semejantes verdades anticuadas y sin jugo.

HAUSTAD.—Pero en vez de fantasear así, valdría más que nos dijera usted cuáles son esas verdades anticuadas y sin jugo. *(Viva aprobación.)*

STOCKMANN.—¡Oh!, podría citaros un montón de ellas; pero por de pronto quiero limitarme a una verdad reconocida que en el fondo es una tremenda mentira, y de la cual viven no solo el señor Haustad y el *Eco del Pueblo*, sino todos los partidarios del *Eco del Pueblo*.

HAUSTAD.—Y esa verdad sería…

STOCKMANN.—Esa es la teoría que habéis heredado de vuestros padres y que habéis propagado a los cuatro vientos sin pensar sobre ella: la teoría de que la masa, el montón, la muchedumbre, es el núcleo del

pueblo…, más aún, el pueblo mismo…; la doctrina de que el hombre sencillo, este conciudadano nuestro ignorante, que carece de madurez espiritual, tiene el mismo derecho a emitir su opinión, a gobernar y regir, que los pocos hombres libres y espirituales distinguidos.

BILLING.—Pero una injuria semejante…

HAUSTAD.—*(Al mismo tiempo.)* ¡Ciudadanos, probadle enseguida lo contrario!

VOCES AIRADAS.—¿Conque nosotros no somos el pueblo? ¿Conque solo deben gobernar los distinguidos?

UN OBRERO.—¡Fuera quien dice eso!

OTRO OBRERO.—¡Fuera! ¡Fuera con él!

UN VECINO.—¡Silbadle! *(Silbidos y escándalo.)*

STOCKMANN.—*(Cuando el ruido se ha calmado algo.)* ¡Pero sed razonables! ¿No podéis oír una vez la voz de la verdad? Yo no pido que estéis todos conformes enseguida. Pero sí había esperado que el señor Haustad me daría la razón, pues el señor Haustad tiene la pretensión de ser un librepensador…

VOCES ASOMBRADAS.—¿Librepensador dice? ¿Cómo? ¿Haustad librepensador?

HAUSTAD.—¡Pruebas, señor doctor Stockmann! ¿Cuándo he escrito yo eso?

STOCKMANN.—*(Pausa, y luego.)* Sí, tiene usted razón; no ha tenido usted nunca la valentía de escribir algo semejante. Bueno, no quiero ser cruel atormentándole a usted. Seré yo el librepensador. Pues quiero demostraros que el *Eco del Pueblo* se burla escandalosamente de vosotros cuando os cuenta que el pueblo, la masa, es el verdadero núcleo del pueblo; esto no es más que una mentira de periódico. La multitud no es más que la materia prima, de la que nosotros, los mejores, tenemos que formar un pueblo. *(Sensación, rumores y risas.)* ¿Pero es que no ocurre eso en el resto del Universo? ¿Qué diferencias no hay entre una casta de animales cultivada y otra que no lo está? Mirad una gallina común de un campesino. ¡Qué carne tiene el pobre animal! ¡Apenas si sirve para nada! ¡Y qué huevos pone la tal gallina! Los que pone un cuervo medio regular valen tanto como ellos. Pero lue-

go coged un gallo cultivado, japonés o español, o un pavo, o un faisán de raza…, y ved entonces la diferencia. Luego voy a permitirme referirme a los perros, de quienes tan cerca estamos. Pensad primeramente en un perro corriente de campesino…, un mastín antipático, miserable, plebeyo, que importuna a todo el mundo en la calleja. Y ahora poned al mastín al lado de un terranova, que desciende desde hace varias generaciones de una buena casa, donde ha recibido buena comida y ha tenido ocasión de oír voces armoniosas y música. ¿No es verdad que el cerebro del terranova se habrá desarrollado de un modo completamente distinto que el del mastín? Sí, podéis tener la seguridad de ello. Esos perros civilizados son los que en manos de los domadores realizan las más increíbles habilidades. Eso no lo podrá hacer jamás, por mucho que se empeñe, un mastín vulgar. *(Carcajadas y escándalo.)*

UN VECINO.—*(Grita.)* ¿Quiere usted convertirnos en perros?

OTRO ESPECTADOR.—Nosotros no somos animales, señor doctor.

STOCKMANN.—Sin embargo, querido, nosotros somos todo lo animales que se puede ser. Solo que los animales distinguidos no abundan mucho en nuestra raza. ¡Oh, hay una gran diferencia entre el hombre-mastín y el hombre terranova! Y lo más divertido de la cosa es que el señor Haustad está en un todo de acuerdo conmigo mientras se trata de los animales de cuatro patas…

HAUSTAD.—¡Oh, déjelos usted correr de una vez!…

STOCKMANN.—Enseguida. Pero en cuanto quiero aplicar la ley a los bípedos, se asusta el señor Haustad; ya no se atreve a seguir sus propias opiniones, a llevar hasta el fin sus propios pensamientos; entonces arroja por la borda toda la teoría y escribe en el *Eco del Pueblo* que el gallo campesino y el perro callejero, esos precisamente son los dos ejemplares magníficos del jardín zoológico; pero eso ocurre siempre cuando lleva uno dentro todavía el campesino, cuando no se ha elevado a una distinción espiritual…

HAUSTAD.—Yo no aspiro a distinción de ningún género. Yo desciendo de sencillos campesinos y me siento orgulloso de estar tan enraizado en el pueblo a quien aquí tan malamente se trata.

MUCHOS OBREROS.—¡Viva Haustad! ¡Muy bien! ¡Viva!

STOCKMANN.—El pueblo del que yo aquí hablo no está solo en las profundidades; se agita, se desliza y se arrastra en derredor nuestro hasta las capas más altas de la sociedad. Ved si no a nuestro elegante alcalde. Mi hermano Hans pertenece, tanto como otro cualquiera, al montón… *(Risas y protestas.)*

ALCALDE.—Protesto contra semejantes ataques personales.

STOCKMANN.—*(Inconmovible.)* Pero no porque, lo mismo que yo, descienda de un antiguo pirata de la Pomerania o por allí cerca, porque de él descendemos nosotros Stockmann…

ALCALDE.—Es una fábula ridícula. ¡Protesto!

STOCKMANN.—…sino porque piensa con los pensamientos de sus superiores. Y quien hace eso pertenece espiritualmente a la plebe: he ahí por qué es en el fondo tan poco distinguido mi imponente hermano Hans…, y por consiguiente, tan poco liberal.

ALCALDE.—¡Señor presidente!…

HAUSTAD.—Con otras palabras, los distinguidos. ¡Un descubrimiento completamente nuevo!

STOCKMANN.—Sí; eso forma parte también de mi nuevo descubrimiento. Y además otra cosa: que liberalismo es equivalente a moralidad. Y por eso digo: Es completamente falsa la doctrina que el *Eco del Pueblo* día por día predica de que la masa, la multitud, la compacta mayoría, encierra en sí toda la libertad y toda la moral, y que inmoralidad y toda la inmundicia espiritual son un producto de la cultura, del mismo modo que las inmundicias que llenan las aguas se amontonan allá arriba en el Valle del Molino. *(Protestas e interrupciones. Stockmann continúa imperturbable.)* ¡Y ese mismo *Eco del Pueblo* puede además pedir que se eleve a la masa a mejores condiciones de vida! Pero ¿no comprenden que si la doctrina del *Eco del Pueblo* fuera sostenible, esa elevación de la masa valdría tanto como ir a la ruina? Pero afortunadamente no es más que una mentira tradicional el que la cultura desmoralice. No; embrutecimiento, pobreza y miseria en una palabra, las calamidades todas de la vida: esas son las causas de la corrupción. En una casa donde no se barre el suelo todos los días (mi mujer opina que hay que fregarlo también, pero sobre eso caben opiniones); en una casa semejante pierde el hombre en dos o tres años la capacidad para pensar y

obrar moralmente. La falta de oxígeno debilita la conciencia, sí; y parece que de oxígeno deben andar mal muchas, muchas casas de nuestra ciudad, pues la compacta mayoría puede estar tan falta de conciencia que pretenda edificar la prosperidad de la ciudad sobre cimientos de mentira y engaño.

THOMSEN.—¡Un insulto semejante no puede arrojársele al rostro a una reunión entera de ciudadanos!

UN SEÑOR.—Propongo que se le retire la palabra al orador.

VOCES INDIGNADAS.—¡Sí, sí; eso es lo que hay que hacer: quitarle la palabra!

STOCKMANN.—*(Fuera de sí.)* ¡Entonces gritaré la verdad por las calles! ¡La llevaré a periódicos de fuera! ¡Todo el país sabrá lo que pasa aquí!

HAUSTAD.—Va tomando esto el aspecto de que el doctor pretende arruinar la ciudad.

STOCKMANN.—Sí; yo quiero tanto a mi ciudad, que preferiría arruinarla, a verla prosperar gracias a una mentira.

THOMSEN.—¡Esto ya es demasiado! *(Escándalo y silbidos. Juana tose en vano; el doctor ya no oye.)*

HAUSTAD.—*(Dominando con su voz el tumulto.)* ¡Quien quiere arruinar a una ciudad entera, es su enemigo!

STOCKMANN.—*(Con exaltación creciente.)* Sí; cuantos viven en la mentira deben ser exterminados como animales. Acabáis por apestar el país entero; le lleváis a un punto en que él mismo merece ser aniquilado. Y si las cosas llegan tan lejos, os lo digo de todo corazón, ¡que perezca todo el país; que sea exterminado el pueblo entero!

UN HOMBRE.—¡Eso es hablar como un enemigo del pueblo!

BILLING.—¡Oíd, oíd! ¡Así habla la voz del pueblo!

TODA LA MUCHEDUMBRE.—¡Sí, sí! ¡Es un enemigo del pueblo! ¡Odia a su ciudad! ¡Odia al pueblo entero!

THOMSEN.—Yo me siento, así como hombre, como ciudadano, profundamente conmovido por lo que he tenido que oír aquí. El doctor Stockmann ha dejado caer la máscara de un modo que yo no hubiera soñado nunca.

Desgraciadamente, tengo que compartir la opinión que acaba de ser expresada por estimados ciudadanos. Y yo creo que debemos condensar esta opinión en una resolución. Propongo la siguiente: La Asamblea declara al doctor Stockmann enemigo del pueblo. *(Estruendosos aplausos. Muchos forman un círculo alrededor del doctor y gritan y silban. Juana y Petra se han puesto en pie. Federico y Walter se pegan con otros niños que han silbado. Algunos mayores los separan.)*

STOCKMANN.—*(A los que silban.)* ¡Oh, locos!, yo os digo…

THOMSEN.—El doctor ya no puede hablar. Es preciso proceder a una votación en forma. Pero respetando escrúpulos personales, será escrita y secreta. Señor Billing, ¿tiene usted papel en blanco?

BILLING.—Aquí, aquí. Blanco y azul…

THOMSEN.—*(Bajando de la presidencia.)* Bien; así irá más aprisa. Córtelo usted en pedazos pequeños…; eso, así. *(A la Asamblea.)* Azul significa en contra de mi proposición; blanco, en pro; yo mismo recogeré los votos. *(El alcalde abandona la sala. Thomsen y otros señores van por el local con trozos de papel en los sombreros.)*

PRIMER SEÑOR.—*(A Haustad.)* ¿Pero qué le pasa al doctor? ¿Qué se debe pensar de todo esto?

HAUSTAD.—Usted sabe con qué imprudencia obra siempre.

SEGUNDO SEÑOR.—*(A Billing.)* Oiga usted. Usted le visita. ¿Ha notado acaso que beba?

BILLING.—Hombre, ¡qué le voy a decir a usted!… El ponche está constantemente sobre la mesa.

TERCER SEÑOR.—Yo pensaría antes que no está bien de la cabeza.

PRIMER SEÑOR.—Sí; a lo mejor es hereditaria la locura en la familia.

BILLING.—Es posible.

CUARTO SEÑOR.—No; esto no es más que mala intención, espíritu de venganza.

BILLING.—Él hablaba estos días de aumento de sueldo, pero no lo recibió.

TODOS ELLOS A LA VEZ.—¡Ah! ¡Eso lo explica todo!

EL BORRACHO.—*(Entre la gente.)* ¡Yo quiero una papeleta azul y otra blanca!

VOCES.—¡Otra vez el borracho! ¡Fuera!

NIELS WORSE.—¡Bien, Stockmann! ¿Ve usted ahora adónde lleva una farsa semejante?

STOCKMANN.—No he hecho más que cumplir con mi deber.

NIELS WORSE.—¿Qué ha dicho usted de las tenerías del Valle del Molino?

STOCKMANN.—Ya lo oyó usted. De esas tenerías proviene toda la inmundicia.

NIELS WORSE.—¿De la mía también?

STOCKMANN.—Desgraciadamente, la de usted es la peor.

NIELS WORSE.—¿Y eso lo quiere usted publicar en los periódicos?

STOCKMANN.—Yo no tiro nada debajo de la mesa.

NIELS WORSE.—Stockmann, eso puede costarle a usted muy caro. *(Vase.)*

UN SEÑOR GORDO.—*(Se dirige a Holster sin saludar a las señoras.)* Bien, capitán. ¿De modo que usted alquila su casa al enemigo del pueblo?

HOLSTER.—Yo creo que puedo hacer con lo mío lo que quiero, señor Wieck.

EL SEÑOR GORDO.—Entonces, no se extrañará usted si yo hago también lo que me parece con lo mío.

HOLSTER.—¿Qué quiere usted decir con eso?

EL SEÑOR GORDO.—Mañana oirá usted hablar de mí. *(Vase.)*

PETRA.—¿No era ese su armador, Holster?

HOLSTER.—Sí, el armador Wieck.

THOMSEN.—*(Sube a la plataforma con las papeletas en la mano y toca la campanilla.)* Señores, voy a permitirme daros a conocer el resultado de la

votación. Por todos los votos menos uno.

UN SEÑOR JOVEN.—Ese uno es el del borracho.

THOMSEN.—Por todos contra uno, el de un borracho, esta Asamblea de vecinos declara enemigo del pueblo al médico del balneario, doctor Stockmann. *(Gritos y aplausos.)* ¡Viva nuestra honrada población! ¡Viva nuestro alcalde, que ha ahogado tan lealmente la voz de la sangre! *(Vivas. Queda terminada la sesión.)*

BILLING.—¡Viva el presidente!

LA MUCHEDUMBRE ENTERA.—¡Viva el impresor Thomsen!

STOCKMANN.—Petra, mi sombrero y mi abrigo. Capitán, ¿tiene usted asiento para pasajeros hacia el nuevo mundo?

HOLSTER.—Para usted y los suyos, se hará, señor doctor.

STOCKMANN.—*(Mientras Petra le ayuda a ponerse el abrigo.)* Bien. Vamos, Juana; vamos, niños. *(En alta voz.)* Ya oiréis hablar del enemigo del pueblo antes que sacuda el polvo de mis zapatos. Yo no os digo: con vuestra moral cristiana os perdono porque no sabéis lo que hacéis.

THOMSEN.—¡Esa es una blasfemia, doctor!

BILLING.—¡Sí; realmente, eso es fuerte!

UNA VOZ RUDA.—¡Qué!, ¿nos amenaza todavía?

MUCHAS VOCES.—¡Apedrearle las ventanas! ¡Darle una cencerrada! ¡Silbadle! *(Silbidos y gritos violentos. Stockmann va con los suyos hacia la salida. Holster les abre paso. La multitud va detrás de ellos gritando: ¡Enemigo del pueblo! ¡Enemigo del pueblo! ¡Enemigo del pueblo!)*

BILLING.—*(Mientras ordena sus notas.)* Verdaderamente, hoy sería peligroso tomar té en casa del doctor.

(La concurrencia se amontona en la salida. El ruido sigue afuera. De la calle se oye gritar: ¡Enemigo del pueblo! ¡Enemigo del pueblo!)

Acto quinto

Despacho del doctor Stockmann. En las paredes, estantes de libros y armarios con distintos aparatos. Al fondo, la salida hacia la antesala. En primer término, a la izquierda, una puerta a la sala. En el muro de la derecha, dos ventanas cuyos cristales están hechos añicos; en el centro de la habitación, una mesa de escribir llena de libros y papeles. La habitación en desorden. Es por la mañana. Stockmann está inclinado ante uno de los armarios, y busca dentro con un bastón; por último saca una piedra.

STOCKMANN.—*(Hablando por la puerta abierta de la sala.)* Juana, aquí tengo una todavía.

JUANA.—*(En la sala.)* ¡Oh, encontrarás muchas aún!

STOCKMANN.—*(Pondrá la piedra con un montón de ellas que hay sobre la mesa.)* Estas piedras quiero conservarlas como una reliquia. Federico y Walter las verán todos los días, y cuando yo muera se las legaré. *(Revolviendo debajo de un armario.)* ¿No ha estado todavía la muchacha en casa del vidriero?

JUANA.—*(Entrando.)* Sí, pero ha contestado que no sabía si podría venir hoy.

STOCKMANN.—Ya verás como no se atreve.

JUANA.—Sí, eso cree la muchacha también; tiene miedo de sus vecinos. *(Hablando a la sala.)* ¿Qué quieres, Elisa? ¡Ah, bien! *(Entra y vuelve enseguida.)* Aquí hay una carta para ti.

STOCKMANN.—Vamos a ver. *(La abre y la lee.)* Está bien.

JUANA.—¿De quién es?

STOCKMANN.—Del dueño de la casa. Nos despide.

JUANA.—¡No es posible! ¡Un hombre tan bueno!…

STOCKMANN.—*(Recorriendo la carta.)* Dice que no puede hacer otra cosa. Que lo hace a disgusto, pero que no puede hacer otra cosa… A causa de sus convecinos… Por respeto a la opinión pública… Él no es independiente… No puede ponerse enfrente de ciertas gentes influyentes…

JUANA.—Ya ves, Otto.

STOCKMANN.—Sí, sí; ya lo veo; son todos unos cobardes; nadie se atreve a hacer nada por miedo a los otros. *(Arroja la carta sobre la mesa.)* Pero todo esto nos es indiferente. Ahora nos vamos al nuevo mundo, y luego…

JUANA.—Sí, Otto. ¿Pero has pensado bien ese viaje?

STOCKMANN.—¿Es que voy a quedarme aquí…, aquí, donde se me ha puesto en la picota, donde se me ha injuriado, donde se me ha apedreado las ventanas? Y mira, Juana: aquí me han hecho un agujero en la levita.

JUANA.—¡Ay! Y es la mejor que tienes.

STOCKMANN.—Nadie debía ponerse sus mejores vestidos cuando va a luchar por la libertad y la verdad. Bueno; esto no significa nada; pero que el populacho se atreva a medirse conmigo como si yo fuera su igual, eso no puedo sufrirlo.

JUANA.—Sí; se han portado de una manera indigna contigo. ¿Pero vamos a abandonar por eso la patria por completo?

STOCKMANN.—¿Crees acaso que la plebe de otras ciudades es menos idiota que esta? No; es, poco más o menos, la misma en todas partes. Pero dejemos a los perros que ladren. Lo peor es que los hombres se han hecho en todo el país esclavos de partido. Verdad es que en este respecto no están mucho mejor en el oeste lejano; también allí pulula la compacta mayoría y la opinión pública y todas esas cosas que el demonio confunda. Pero las cosas son en mayor escala que aquí; allí es posible que asesinen, pero no matan como aquí, lentamente, a un hombre libre, a alfilerazos. Y en último término, allí puede uno mantenerse lejos de la cosa pública. *(Paseando arriba*

y abajo.) Si yo supiese siquiera cómo se podría comprar por poco dinero un bosque virgen o una islita desierta…

JUANA.—¡Pero los niños, Otto!

STOCKMANN.—¡Qué extraordinaria eres, Juana! ¿Es que quieres acaso que los niños crezcan en una sociedad como la nuestra? Ya viste anoche que la mitad de la población está loca; y si la otra mitad no ha perdido la cabeza, es, sencillamente, porque no la tiene.

JUANA.—Pero, querido Otto, tú eres tan imprudente en tus discursos…

STOCKMANN.—¡Ah! ¿Sí? ¿Es que acaso no es verdad lo que yo digo? ¿No se burlan de todas las ideas? ¿No barajan lo justo y lo injusto sin atender más que a su provecho? ¿No llaman mentira a lo que yo demuestro como verdad? Pero lo más desatentado de todo es que hombres con uso de razón puedan creer y hacerlo creer a los otros que son liberales.

JUANA.—Sí, sí; eso es insensato, pero…

(Petra entra en la antesala.)

JUANA.—¿Vienes ya de la escuela?

PETRA.—Sí; me han despedido.

JUANA.—¿Despedido?

STOCKMANN.—¿A ti también?

PETRA.—Sí; la señora Busch me ha despedido, y yo creí que lo mejor que podía hacer era marcharme inmediatamente.

STOCKMANN.—Has hecho bien, hija mía.

JUANA.—¡Quién hubiera pensado que la señora Busch podía ser tan mala!

PETRA.—¡Oh, mamá! La señora Busch no es tan mala; bien vi lo que le dolía; pero dice que no puede hacer otra cosa.

STOCKMANN.—*(Frotándose las manos.)* ¡No podía hacer otra cosa! ¡Oh, es magnífico!

JUANA.—Sí, ¡claro!; después de lo de ayer por la noche…

PETRA.—No solo eso; escucha, papá.

STOCKMANN.—¿Y bien?

PETRA.—La señora Busch me enseñó tres cartas que ha recibido esta mañana…

STOCKMANN.—Naturalmente, las tres anónimas…

PETRA.—Sí.

STOCKMANN.—¡Claro, Juana!; su nombre no se atreven a decirlo.

PETRA.—Y en dos decía que un señor que se trata con nosotros, contó anoche en el Club que yo tenía sobre ciertas cosas opiniones terriblemente libres…

STOCKMANN.—¿Y tú no lo habrás negado?

PETRA.—Ya puedes figurártelo. La señora Busch tiene también ideas bastante libres cuando estamos en la intimidad; pero ya que esto referente a mí se ha sabido, no se atreve a conservarme.

JUANA.—¡Y eso lo ha contado uno que nos visitaba! ¡Ya ves, Otto, el pago que dan a tu hospitalidad!

STOCKMANN.—Entre este asco no podemos vivir más tiempo. Empaqueta lo antes posible, Juana; ¡que podamos irnos cuanto antes mejor!

JUANA.—¡Silencio!; me parece que está ahí alguien; mira a ver, Petra.

PETRA.—*(Abriendo la puerta.)* ¡Ah!, ¿es usted, capitán? Haga el favor de pasar.

HOLSTER.—Buenos días. ¡Bah!, me dije, voy a dar una vuelta por allá a ver lo que pasa.

STOCKMANN.—Es usted muy bueno con nosotros. *(Estrechándole la mano.)*

PETRA.—¿Pero cómo pudo usted llegar hasta casa?

HOLSTER.—¡Oh!, todo se arregla; además, yo no soy de los más débiles, y la gente esta apenas si hace uso más que de la lengua.

STOCKMANN.—Sí, esa cobardía…, ¿no es indignante? Venga usted aquí; voy a enseñarle una cosa. Mire usted: aquí están todas las piedras que nos han arrojado. Véalas usted. En todo el montón no hay más que dos gui-

jarros respetables; los demás son piedrecitas; y sin embargo juraban y perjuraban allá fuera que querían matarme; ¡pero hechos…, en materia de hechos estamos muy mal aquí en la ciudad!

HOLSTER.—Bueno, doctor; esta vez era lo mejor para usted.

STOCKMANN.—Seguramente que sí; pero es indignante de todos modos. Pues si alguna vez se pelea de veras, verá usted cómo se agazapa la opinión pública. Y cómo corren los de la compacta mayoría como un rebaño de ovejas a buscar en el bosque un escondite seguro. ¡Este es un pensamiento tan triste!… ¡Le punza a uno de un modo!… Pero ¡qué diablos! En el fondo todo esto no son más que tonterías; puesto que me han declarado enemigo del pueblo, quiero serlo de veras.

JUANA.—¡Eso no lo lograrás nunca, Otto!

STOCKMANN.—No debes jurarlo, Juana. Una palabra ofensiva puede obrar como un alfilerazo en el pulmón; y esa palabra maldita… no puedo deshacerme de ella; se me ha metido hondo en las entrañas; allí la tengo como un jugo amargo. Contra él no hay magnesia posible.

PETRA.—¡Bah!; debías reírte de eso, papá.

HOLSTER.—La gente cambiará enseguida de modo de pensar, señor doctor.

JUANA.—Sí, de eso puedes estar seguro.

STOCKMANN.—A lo mejor, cuando sea ya tarde. Capitán, ¿cuándo se da usted a la vela?

HOLSTER.—¡Hum! De eso precisamente quería yo hablar con usted.

STOCKMANN.—¡Qué!, ¿le ha pasado algo al barco acaso?

HOLSTER.—No; pero la cosa es que yo no voy con ustedes.

PETRA.—¿No le habrán despedido también a usted?

HOLSTER.—*(Sonriendo.)* Sí, eso es lo que ha pasado.

PETRA.—¿A usted también?

JUANA.—¡Qué cosas, Otto!

STOCKMANN.—¡Y todo eso por amor a la verdad!… ¡Oh! Debí habérmelo figurado.

HOLSTER.—¡Oh! No se vaya usted a preocupar por mí; ya encontraré colocación en otra casa.

STOCKMANN.—¡Y eso lo hace el armador Wieck, un hombre rico que no depende de nadie! ¡Uf!

HOLSTER.—Por lo demás, es una buena persona; él mismo decía que me conservaría con gusto si pudiera…

STOCKMANN.—Pero no puede, naturalmente.

HOLSTER.—Dice que la cosa es un poco difícil cuando se pertenece a un partido…

STOCKMANN.—En eso tiene razón el buen hombre. Un partido semejante es como una máquina neumática, que poco a poco le va chupando a uno la inteligencia y la conciencia. Por eso hay tantas cabezas vacías.

JUANA.—¡Pero Otto!…

PETRA.—*(A Holster.)* Si no nos hubiera usted acompañado a casa, puede ser que no hubiesen ido tan lejos las cosas.

HOLSTER.—No lo siento absolutamente nada, señorita.

PETRA.—*(Dándole la mano.)* ¡Qué agradecidos le estamos!

HOLSTER.—*(Al doctor.)* Bueno; y además quería decirle que si realmente piensa usted marcharse, tengo una proposición que hacerle.

STOCKMANN.—Muy bien; la cosa es que podamos irnos enseguida.

JUANA.—¡Silencio! ¿No ha llamado alguien?

PETRA.—Seguramente es el tío.

STOCKMANN.—¡Ajá! ¡Adelante!

JUANA.—Querido Otto, prométeme que no…

ALCALDE.—*(En la puerta de la antesala.)* ¡Ah!, estás ocupado… Entonces prefiero…

STOCKMANN.—No, no; pasa.

ALCALDE.—Pero yo desearía que hablásemos a solas.

JUANA.—Nosotras nos vamos entretanto a la sala.

HOLSTER.—Y yo volveré más tarde.

STOCKMANN.—No, váyase usted también allá adentro, capitán; quiero saber más detalles luego.

HOLSTER.—Bien; entonces espero. *(Sigue a Juana y Petra a la sala.)*

(El alcalde calla y mira a hurtadillas las ventanas.)

STOCKMANN.—¿Verdad que está hoy alegre esto? Ponte el sombrero.

ALCALDE.—Con tu permiso. *(Se lo pone.)* Me he acatarrado algo ayer.

STOCKMANN.—¿Sí? Pues hacía bastante calor.

ALCALDE.—Yo siento no haber podido evitar esos escándalos callejeros.

STOCKMANN.—¿Tienes algo más que decirme?

ALCALDE.—*(Sacando un sobre muy grande.)* Tengo que entregarte este documento, de parte de la Dirección del balneario.

STOCKMANN.—¿Mi cesantía?

ALCALDE.—Sí, desde la fecha de hoy. *(Pone el sobre encima de la mesa.)* Lo sentimos mucho; pero…, hablando francamente…, por consideración a la opinión pública, no podíamos hacer otra cosa.

STOCKMANN.—*(Sonriendo.)* ¡No podíais hacer otra cosa! Me parece que ya he oído la frase.

ALCALDE.—Te suplico que te des cuenta de tu situación. En lo sucesivo no puedes contar con seguir ejerciendo aquí en la ciudad.

STOCKMANN.—Váyase al diablo el ejercicio. ¿Pero cómo sabes tú eso con tanta seguridad?

ALCALDE.—La Asociación de Propietarios hace circular una lista… de casa en casa, y en ella se pide a todos los buenos vecinos que no soliciten más tus auxilios médicos; y puedes estar seguro que ni un padre de familia se negará a firmarla; sencillamente, no se puede.

STOCKMANN.—Eso no lo dudo. ¿Pero y qué más?

ALCALDE.—Si pudiera darte un consejo, sería el que te marchases de aquí por algún tiempo…

STOCKMANN.—En eso ya había yo pensado…

ALCALDE.—Bien. Y luego, cuando te hayas tomado un año para pensar mejor las cosas, y después de una madura reflexión te hubieras decidido a confesar tu error…

STOCKMANN.—¿Crees que entonces podría recobrar mi plaza?

ALCALDE.—Quizás; no sería del todo imposible.

STOCKMANN.—Sí; ¿pero y la opinión pública? Tú mismo dices que no podéis, a causa de la opinión pública…

ALCALDE.—La opinión pública es una cosa muy variable. Y…, hablando francamente…, es para nosotros de la mayor importancia obtener de ti una confesión semejante.

STOCKMANN.—Puedo figurármelo. ¿Pero no te acuerdas ya de lo que te dije un día de semejantes intrigas?

ALCALDE.—Entonces era mucho más favorable tu posición; entonces podías creer que tenías a toda la ciudad detrás de ti…

STOCKMANN.—Mientras ahora la tengo sobre mí… *(Saltando.)* No; aunque tuviese sobre mí al demonio y a su abuela… ¡Nunca!… ¡Nunca, digo!

ALCALDE.—Un padre de familia no puede obrar así, Otto.

STOCKMANN.—¡Que no puedo! ¡Solo hay una cosa que no pueda un hombre libre y con honor! ¿Sabes cuál es?

ALCALDE.—No.

STOCKMANN.—¡Naturalmente! ¡Cómo ibas a saberlo! Bien; voy a decírtelo. ¡Un hombre libre y de honor no debe obrar como un pillo!

ALCALDE.—Eso suena muy bien; y si no hubiera otra explicación para tu terquedad…

STOCKMANN.—¿Otra explicación? Habla claramente.

ALCALDE.—¡Oh!, sabes muy bien a lo que me refiero. Pero como hermano y como hombre de experiencia, te advierto que no debes confiar demasiado en cálculos y esperanzas que muy bien pudieran salir fallidos.

STOCKMANN.—¿Pero a qué te refieres?

ALCALDE.—¿Quieres hacerme creer que no sabes las disposiciones testamentarias que ha tomado tu suegro?

STOCKMANN.—Sé que lo poco que posee lo destina a una fundación para obreros necesitados; pero ¿qué me importa a mí eso?

ALCALDE.—Por de pronto no se puede hablar de una pequeña herencia. Worse es un hombre que está en bastante buena posición.

STOCKMANN.—No tenía la menor idea de eso.

ALCALDE.—¡Hum! ¿De veras que no? Por consiguiente, tampoco tendrás idea de que una parte no despreciable de ese patrimonio les corresponderá a tus hijos…, y de que tú y tu mujer conservaréis el usufructo de ella mientras viváis. ¿No te ha dicho él eso?

STOCKMANN.—No; de veras que no. Al contrario, siempre se estaba quejando de lo terriblemente alta que tenía la contribución. ¿Pero sabes tú eso con seguridad, Hans?

ALCALDE.—Lo he averiguado por un conducto que me merece entero crédito.

STOCKMANN.—¡Pero, hombre, entonces está asegurada la suerte de Juana! ¡Y la de los niños también! ¡Esto no puedo callarlo! ¡Juana! ¡Juana!

ALCALDE.—*(Conteniéndole.)* ¡Silencio! No se lo digas todavía.

JUANA.—*(Abriendo la puerta.)* ¿Qué quieres, Otto?

STOCKMANN.—¡Nada, nada! Vuelve a marcharte. *(Juana cierra la puerta.)* ¡Asegurados!… ¡Asegurados!… ¡Todos asegurados! ¡Y por toda la vida! ¡Oh, qué impresión de descanso saber que tiene uno asegurada su suerte y la de los suyos!

ALCALDE.—¡Pero si no lo estás! Worse puede anular a cada momento su testamento.

STOCKMANN.—Pero no lo hará. El buen viejo está encantado de que os haya bajado la cabeza a ti y a tus omniscientes amigos.

ALCALDE.—*(Sorprendido y mirándolo de hito en hito.)* ¡Ah! ¡Eso explica muchas cosas!

STOCKMANN.—¿Qué cosas?

ALCALDE.—¿De modo que no era más que una maniobra combinada? Todos esos ataques violentos y desconsiderados que tú, en nombre de la verdad, dirigías contra los hombres influyentes de la ciudad…

STOCKMANN.—¿Qué?… ¿Qué?…

ALCALDE.—Todo eso no era más que el medio de asegurarse el testamento de Niels Worse, ese viejo vengativo.

STOCKMANN.—*(Casi sin habla.)* Hans… ¡Eres el plebeyo más ordinario que he visto en mi vida!

ALCALDE.—¡Todo ha acabado entre nosotros! Considera tu cesantía como definitiva, porque ahora tenemos un arma contra ti. *(Se va.)*

STOCKMANN.—¡Uf! ¡Qué asco! ¡Uf! ¡Juana, hay que fregar el suelo donde él estuvo!…

JUANA.—*(Desde la puerta.)* ¡Pero Otto, Otto!

PETRA.—*(También desde la puerta.)* Papá, el abuelo está aquí y pregunta si puede hablar contigo a solas.

STOCKMANN.—¡Claro que sí! *(En la puerta.)* Entre usted. *(Niels Worse entra. Stockmann cierra la puerta.)* ¿De qué se trata? Pero siéntese usted.

NIELS WORSE.—*(Mirando alrededor.)* Tiene un gran aspecto esto hoy, Stockmann.

STOCKMANN.—¿Verdad que sí?

NIELS WORSE.—Precioso…, y buen aire también. Hoy no siente usted, de fijo, la falta de oxígeno que decía ayer. Tendrá usted una buena conciencia, ¿verdad?

STOCKMANN.—La tengo, en efecto.

NIELS WORSE.—Puedo figurármelo. *(Señalando al pecho.)* ¿Pero sabe usted lo que traigo aquí?

STOCKMANN.—Espero que una buena conciencia igualmente.

NIELS WORSE.—¡Bah! Una cosa mucho mejor. *(Saca una cartera muy abultada, la abre y enseña una porción de papeles.)*

STOCKMANN.—*(Mirándole asombrado.)* ¿Acciones del balneario?

NIELS WORSE.—Hoy no eran difíciles de obtener.

STOCKMANN.—¿Y las ha comprado en la ciudad?

NIELS WORSE.—Todo lo que dio de sí mi dinero…

STOCKMANN.—¡Pero mi buen suegro!… ¡Ahora que está el balneario en una situación desesperada!…

NIELS WORSE.—Si usted se conduce como un hombre razonable, recobrará el balneario su buen nombre.

STOCKMANN.—Ya ve usted, yo hago todo lo que puedo; pero las gentes son tan poco razonables…

NIELS WORSE.—Usted dijo ayer que la inmundicia mayor era la de mi tenería. Si eso fuera verdad, resultaría que mi abuelo, mi padre y yo habríamos traído el mal a la ciudad como tres ángeles exterminadores. ¿Cree usted que voy a consentir que pese sobre mí esa vergüenza?

STOCKMANN.—Desgraciadamente, nada podrá usted hacer contra eso.

NIELS WORSE.—No, muchas gracias. Ya sé que las gentes me llaman el viejo topo. El topo es un animal inmundo; pero en esto no ha de llevar razón la gente. Quiero vivir y morir, como un hombre de conciencia limpia.

STOCKMANN.—¿Y qué quiere usted hacer?

NIELS WORSE.—Usted, Stockmann, me lavará.

STOCKMANN.—¿Yo?

NIELS WORSE.—¿Sabe usted con qué dinero he comprado estas acciones? Con el dinero que habían de recibir de mí Juana y Petra y los chicos.

STOCKMANN.—*(Indignado.)* ¿Y en cosas semejantes tira usted el dinero de Juana?

NIELS WORSE.—Sí, todo el dinero está ahora en el balneario. Y ahora vamos a ver si usted está loco por completo, Stockmann. Si sigue usted haciendo que salgan de mis tenerías esos animales feos y todas esas cosas, será exactamente lo mismo que si llevase a vender la piel de su mujer y de sus hijos. Pero eso no lo hace ningún buen padre de familia…, es decir, a no ser que esté loco.

STOCKMANN.—*(Paseando arriba y abajo.)* ¡Pero es que lo estoy! ¡Lo estoy, sin duda!

NIELS WORSE.—¡No, no lo está usted cuando se trata de su mujer y de sus hijos!

STOCKMANN.—*(Parándose ante él.)* ¿Por qué no habló usted conmigo antes de comprar esas cosas?

NIELS WORSE.—Lo que ha pasado está bien así.

STOCKMANN.—*(Paseando intranquilo.)* ¡Si no estuviera tan cierto de mi causa! ¡Pero estoy tan convencido de que tengo razón!

NIELS WORSE.—*(Con la cartera en la mano.)* Si usted se empeña en su locura, esto no tiene ningún valor. *(Se guarda la cartera.)*

STOCKMANN.—Pero la ciencia debía saber de algún medio en contra, acaso un preservativo…

NIELS WORSE.—¿Quiere usted decir algo para matar los bichos?

STOCKMANN.—Sí; matarlos o hacerlos inofensivos.

NIELS WORSE.—¿No podía usted probar con estricnina?

STOCKMANN.—¡Calle usted, hombre!… Pero, de todos modos, la gente dice que es todo figuración mía. ¡Por qué no había de serlo de veras!… ¿No me ha llamado esa turba ignorante y pusilánime enemigo del pueblo? ¿No ha andado cerca de desgarrarme los vestidos?

NIELS WORSE.—¡Y le han roto los cristales!

STOCKMANN.—Y luego lo otro: los deberes para con la familia… Sobre eso tengo que hablar con Juana; en ese punto es tan severa…

NIELS WORSE.—Eso está bien; atienda usted al consejo de una mujer razonable.

STOCKMANN.—¿Pero por qué ha obrado usted tan absurdamente? ¡Exponer así el dinero de Juana, ponerme a mí en esta terrible situación! Cuando le miro a usted, me parece que tengo delante al demonio mismo.

NIELS WORSE.—Entonces, prefiero marcharme. Pero para las dos quiero saber la decisión. Sí o no. Si no, esta misma tarde irán las acciones a la fundación.

STOCKMANN.—¿Y entonces qué le queda a Juana?

NIELS WORSE.—Ni un céntimo.

(Se abre la puerta de la antesala y se ve a Haustad y Thomsen.)

NIELS WORSE.—¡Ja, ja! ¡Mire usted esos dos!

STOCKMANN.—*(Mirándolos con asombro.)* ¡Cómo! ¿Se atreven ustedes a poner los pies en mi casa?

HAUSTAD.—Así parece.

THOMSEN.—Porque, mire usted, tenemos que tratar de cosas muy importantes.

NIELS WORSE.—*(En voz baja.)* ¡Sí, o no…; hasta las dos!

THOMSEN.—*(A Haustad con una mirada de inteligencia.)* ¡Ajá!

(Niels Worse se va.)

STOCKMANN.—¿Y ahora qué quieren ustedes de mí? Díganlo pronto.

HAUSTAD.—Comprendo que usted esté incomodado con nosotros por nuestra actitud de ayer en la reunión…

STOCKMANN.—¿Y a eso llama usted actitud? ¡Una hermosa actitud! Yo digo que es una indignidad, una… ¡qué asco!

HAUSTAD.—Llámelo usted como quiera; pero no podíamos hacer otra cosa.

STOCKMANN.—No les estaba permitido, ¿verdad?

HAUSTAD.—Si usted quiere, sí.

THOMSEN.—¿Pero por qué no nos dijo usted siquiera una palabra antes? Solo una pequeña indicación al señor Haustad o a mí…

STOCKMANN.—¡Indicación! ¿De qué?

THOMSEN.—De lo que había detrás.

STOCKMANN.—No le entiendo a usted.

THOMSEN.—*(Sonriendo maliciosamente.)* ¡Que no entiende usted, señor doctor!

HAUSTAD.—Bueno; ahora ya no se puede ocultar…

STOCKMANN.—Pero, con mil diablos, ¿quieren ustedes decirme…?

HAUSTAD.—Permítame usted una pregunta: ¿Es verdad que su suegro de usted anda por la ciudad comprando todas las acciones del balneario?

STOCKMANN.—Sí, ha comprado hoy acciones del balneario; pero…

THOMSEN.—¿Y no hubiera sido más prudente encargar de eso a otra persona, a otro que no estuviera ligado tan estrechamente a usted?

HAUSTAD.—Y además no necesitaba usted dar su nombre. No era preciso que la gente supiese que el ataque partía de usted. ¿Por qué no habló usted antes conmigo, señor doctor?

STOCKMANN.—*(Se ha quedado como alelado; parece como si el mundo vacilase:)* ¿Es posible esto?

THOMSEN.—El éxito ha probado que sí era posible. Pero hubiera podido hacerse mejor.

STOCKMANN.—*(Secamente.)* En resumen, señores, ¿qué quieren ustedes?

THOMSEN.—El señor Haustad puede mejor…

HAUSTAD.—No; dígalo usted, Thomsen.

THOMSEN.—Bueno…, pues…, la cosa es la siguiente: ahora que sabemos lo que usted quiere, creemos poder poner a su disposición el *Eco del Pueblo*.

STOCKMANN.—¿Ahora pueden ustedes? ¿Pero y la opinión pública? ¿No temen ustedes que se levante una tempestad contra nosotros?

HAUSTAD.—Ya sabremos defendernos de ella.

THOMSEN.—Y ya verá usted qué bien hacemos pasar su cambio de frente. En cuanto sus ataques hayan dado sus frutos…

STOCKMANN.—Usted quiere decir en cuanto mi suegro y yo tengamos en el bolsillo las acciones compradas por poco dinero…

HAUSTAD.—Pero ya se sabe que las razones que principalmente le movieron a tomar la dirección del balneario eran de carácter científico…

STOCKMANN.—Sí, ¡claro!; solo por razones científicas le encargué al viejo topo que me comprara las acciones. Y luego hurgamos un poco en la cañería del agua y nos damos unas vueltas por la playa sin que le cueste un céntimo a la ciudad. Esto puede hacerse muy bien, ¿verdad?

HAUSTAD.—¡Ya lo creo…, si tiene usted las espaldas cubiertas por el *Eco del Pueblo*!

THOMSEN.—En un pueblo libre, la Prensa es un poder, señor doctor.

STOCKMANN.—¡Claro, claro!; y la opinión pública otro; y la Asociación de Propietarios…, de esa se encarga usted, ¿verdad, señor Thomsen?

THOMSEN.—Lo mismo la Asociación de Propietarios que la Sociedad de Templanza. En eso esté usted tranquilo.

STOCKMANN.—Bien, señores… Pero… Me avergüenzo de preguntarlo. ¿Y la recompensa?

HAUSTAD.—Nosotros preferiríamos, naturalmente, apoyarlo gratis. Pero el *Eco del Pueblo* está en una mala situación; no acaba de ir adelante; y dejar que se muera el periódico ahora que en la alta política hay tanto que hacer, lo sentiría…

STOCKMANN.—¡Naturalmente!; eso tendría que afectarle extraordinariamente a un amigo del pueblo como usted. *(Furioso.)* ¡Pero yo soy el enemigo del pueblo! *(Buscando por la habitación.)* ¿Dónde está mi bastón? ¿Dónde diablos está mi bastón?

HAUSTAD.—¿Qué quiere decir esto?

THOMSEN.—¿No querrá usted…?

STOCKMANN.—*(Parándose.)* ¿Y si yo no les diese a ustedes un céntimo de mis ganancias? Ya lo sabéis: los ricos suelen tener mucho apego a su

bolsa.

HAUSTAD.—Pero usted sabe también que la historia de las acciones puede explicarse de dos maneras…

STOCKMANN.—Sí, usted es hombre para eso; si yo no ayudo al *Eco del Pueblo*, verá usted la cosa desde el punto de vista oscuro; me correría usted, me azuzaría, me trituraría… como un perro a una liebre.

HAUSTAD.—Es una ley de la Naturaleza, doctor; cada animal tiene que buscarse su alimento.

THOMSEN.—*(Sonriendo.)* Se coge la comida donde se puede.

STOCKMANN.—¡Pues a ver si encontráis algo por ahí afuera! *(Buscando alrededor de la habitación.)* Porque ahora vais a ver… *(Encuentra un paraguas y lo enarbola.)* ¡Ajá! ¡Aquí está!

HAUSTAD.—¡Pero no querrá usted pegarnos!

THOMSEN.—¡Haga usted el favor; tenga un poco de cuidado con el paraguas ese!

STOCKMANN.—¡Fuera de aquí, señor Haustad!

HAUSTAD.—*(En la puerta de la antesala.)* ¿Se ha vuelto usted loco?

STOCKMANN.—¡Fuera de aquí, Thomsen! ¡Fuera de aquí, digo!

THOMSEN.—*(Corriendo alrededor de la mesa.)* ¡Moderación, señor doctor! ¡Yo soy un hombre débil! ¡No puedo resistir mucho! *(A gritos.)* ¡Socorro! ¡Socorro!

(Juana, Petra y Holster entran en la sala; luego Federico y Walter.)

JUANA.—¡Pero Otto! ¿Qué pasa?

STOCKMANN.—*(Enarbolando el paraguas.)* ¡Fuera he dicho!

HAUSTAD.—¡Una agresión contra hombres indefensos! ¡Le tomo a usted por testigo, capitán! *(Se desliza rápidamente por la antesala.)*

THOMSEN.—*(Asustado.)* ¡Sí, el que sepa cómo están aquí las cosas!… *(Huye por la sala.)*

JUANA.—*(Conteniendo a su marido.)* ¡Pero cálmate por Dios, Otto!

STOCKMANN.—¡Canallas! ¡Y se me han escapado! *(Arroja el paraguas.)*

JUANA.—¿Pero qué querían de ti?

STOCKMANN.—Eso más tarde. Ahora tengo que pensar en otras cosas muy distintas. *(Va a la mesa y escribe en una tarjeta.)* Mira esto, Juana. ¿Qué hay aquí?

JUANA.—Tres *nos* muy grandes. ¿Qué quiere decir eso?

STOCKMANN.—También lo sabrás más tarde. *(Mostrando la tarjeta.)* Petra, esto a la muchacha, que lo lleve a casa del viejo topo… a todo correr. ¡Pronto, pronto!

(Petra sale con la tarjeta.)

STOCKMANN.—Si no he recibido hoy la visita de todos los emisarios del infierno, no sé… ¡Pero ahora voy a afilar contra ellos mi pluma y a mojarla en hiel y vinagre!

JUANA.—¡Pero nosotros nos marchamos, Otto!

(Petra vuelve a entrar.)

STOCKMANN.—¿Qué?

PETRA.—Ya está.

STOCKMANN.—Bien…, ¿Marcharnos, decías? ¡No y no! ¡Seguimos donde estamos, Juana!

PETRA.—¿Nos quedamos aquí?

JUANA.—¿Aquí en la ciudad?

STOCKMANN.—¡Sí; este es el campo de batalla! ¡Aquí lucharemos! ¡Aquí quiero vencer! En cuanto mi levita esté arreglada saldré a buscar una habitación, porque por el invierno tenemos que tener un lecho en que cobijarnos.

HOLSTER.—Ese puedo yo ofrecérselo.

STOCKMANN.—¿Usted?

HOLSTER.—¡Claro que sí!; pues en mi casa hay sitio bastante. Y además yo estoy casi siempre fuera.

JUANA.—¡Oh, qué bueno es usted, capitán!

PETRA.—¡Gracias de corazón! *(Estrechando su mano.)*

STOCKMANN.—*(Apretándosela calurosamente.)* ¡Gracias, gracias, querido amigo! Ese problema está, pues, resuelto. Hoy mismo comienzo a trabajar. ¡Oh, Juana; hay aquí tanto, tanto que hacer! Pero ahora tendré todo el tiempo a mi disposición. Sí, porque, mira, aquí tengo la cesantía de médico del balneario…

JUANA.—*(Suspirando.)* ¡Era de esperar!

STOCKMANN.—Y ahora quieren quitarme también el ejercicio de la profesión… ¡Así pudieran!… En todo caso los pobres sí me quedan…, los que no pagan. ¡Pero, Señor, también son los que más me necesitan! ¡Ah, y lo que es oírme, tendrán que oírme todos! ¡Día y noche predicaré en sus oídos!

JUANA.—¡Pero Otto! Me parece que ya has visto para lo que sirve predicar.

STOCKMANN.—Eres realmente cómica, Juana. ¿Es que voy a dejarles el campo libre a la opinión pública y a la compacta mayoría y a todas esas cosas? ¡Muchas gracias! ¡Y lo que quiero es tan claro y tan sencillo!… Yo quiero hacer comprender a las cabezas que todavía no están desarrolladas, que los liberales son el peor enemigo de todo hombre libre…, que los programas de partido ahogan todas las nuevas verdades…, que ese preocuparse sin cesar de la moral y de la justicia se le sube a uno a la cabeza de manera que al cabo acaba por convertir la vida en un infierno. ¿No cree usted también, capitán, que esto se le puede hacer entender al pueblo?

HOLSTER.—Es posible; yo no entiendo bien de esas cosas.

STOCKMANN.—Fíjese usted; ante todo hay que exterminar a los cabecillas de los partidos. Un cabecilla de partido es como un lobo; un lobo hambriento… quiere vivir, necesita devorar anualmente tantos corderos. ¡Vea usted a Haustad y Thomsen! ¡Con cuántos corderos han acabado ya! ¡O los degüellan o los dejan de manera que no sirvan para otra cosa que para propietarios urbanos o para suscriptores del *Eco del Pueblo*! *(Se sienta en el borde de la mesa.)* ¡Ven acá, Juana…, mira qué hermoso está hoy el sol! ¡Y luego este aire fresco de primavera que se nos entra por las ventanas!

JUANA.—Sí, Otto; si pudiésemos vivir del sol y del aire de primavera…

STOCKMANN.—Todo será economizar y estrecharse al principio; luego ya marchará la cosa. Esto es lo que menos me preocupa. No, lo que yo siento es que no sé de ningún hombre libre espiritualmente distinguido que estuviese dispuesto a proseguir mi lucha contra la mentira.

PETRA.—¡Oh, papá; tienes todavía mucho tiempo por delante! Ahí están ya los muchachos.

(Federico y Walter entran de la antesala.)

JUANA.—¿No tenéis hoy escuela?

FEDERICO.—No; pero en el recreo nos pegaron los demás.

WALTER.—No es verdad; nosotros pegamos a los demás.

FEDERICO.—Sí, y entonces dijo el maestro que era mejor que nos quedásemos en casa un par de días.

STOCKMANN.—*(Saltando de la mesa.)* ¡Ya está, ya está! ¡No volveréis a poner los pies en la escuela!

LOS MUCHACHOS.—¡No volver a la escuela!

JUANA.—¡Pero Otto!…

STOCKMANN.—¡Nunca! Quiero enseñaros yo mismo…, es decir, no en todo ese fárrago de la escuela…

WALTER.—¡Viva!

STOCKMANN.—No; quiero educaros como hombres libres, y tú, Petra, me ayudarás.

PETRA.—Sí, padre; con toda mi alma.

STOCKMANN.—Y la escuela…, la escuela la instalaremos en la sala donde me declararon enemigo del pueblo. Pero mis discípulos…, porque necesito tener por lo menos doce alumnos…

JUANA.—Aquí en la ciudad no los encontrarás.

STOCKMANN.—Eso lo veremos. *(A los muchachos.)* ¿No conocéis a ningún chico de la calle… así, pilletes de veras…?

WALTER.—¡Oh, papá! Un montón de ellos.

STOCKMANN.—¡Admirablemente! Entonces traedme unos ejemplares. Voy a probar con los golfos; a veces se encuentran cabezas admirables entre esa gente.

WALTER.—¿Pero qué vamos a hacer cuando seamos hombres libres?

STOCKMANN.—¡Entonces, muchachos, arrojaréis del país a todos los cabecillas de partido, a todos los lobos hambrientos!

(Federico pone una cara un poco preocupada; Walter corre por la habitación dando vivas.)

JUANA.—Sí, Otto; si esos lobos no te arrojan a ti.

STOCKMANN.—¿Estás loca, Juana? ¿Arrojarme a mí? ¡Ahora que soy el hombre más fuerte de la ciudad!…

JUANA.—¡El más fuerte… ahora!

STOCKMANN.—Sí; ahora puedo decir la gran palabra. ¡Ahora soy el hombre más fuerte del mundo!

WALTER.—¡Pero papá!…

STOCKMANN.—*(En voz contenida.)* ¡Chist! No se puede decir todavía en alta voz; pero he hecho un gran descubrimiento.

JUANA.—¿Otra vez?

STOCKMANN.—Sí. *(Los agrupa a todos a su alrededor y dice misteriosamente.)* Mirad; la cosa es esta: el hombre más fuerte del mundo es… el que está solo.

JUANA.—*(Mueve sonriendo la cabeza.)* ¡Por Dios, querido Otto!

PETRA.—*(Cogiendo sus manos llena de confianza.)* ¡Padre!

FIN

Nota sobre esta edición

Esta edición reproduce la traducción de José Ramón Pérez Bances publicada en *Dramas de Enrique Ibsen*, tomo III (Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando, 1916; Biblioteca Clásica, tomo CCXXXVI), a partir del ejemplar digitalizado que conserva Internet Archive.

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española y se han corregido las erratas evidentes del impreso. El texto del traductor se mantiene sin otros cambios.

En el acto quinto, la réplica «No debes jurarlo, Juana…», que el impreso atribuye a Holster, se ha devuelto al doctor Stockmann.

¡Gracias por leer este libro de
WWW.ELEJANDRIA.COM!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web